

NUESTRO LIBRO DE LECTURA

SEGUNDA EDICION

SELECCIONES HECHAS POR EL
PERSONAL DOCENTE DE LA CIUDAD
DE SAN JOSE DE COSTA RICA

CUARTO GRADO
LIBRO SEGUNDO

1938
IMPRENTA ESPAÑOLA
SOLEY & VALVERDE

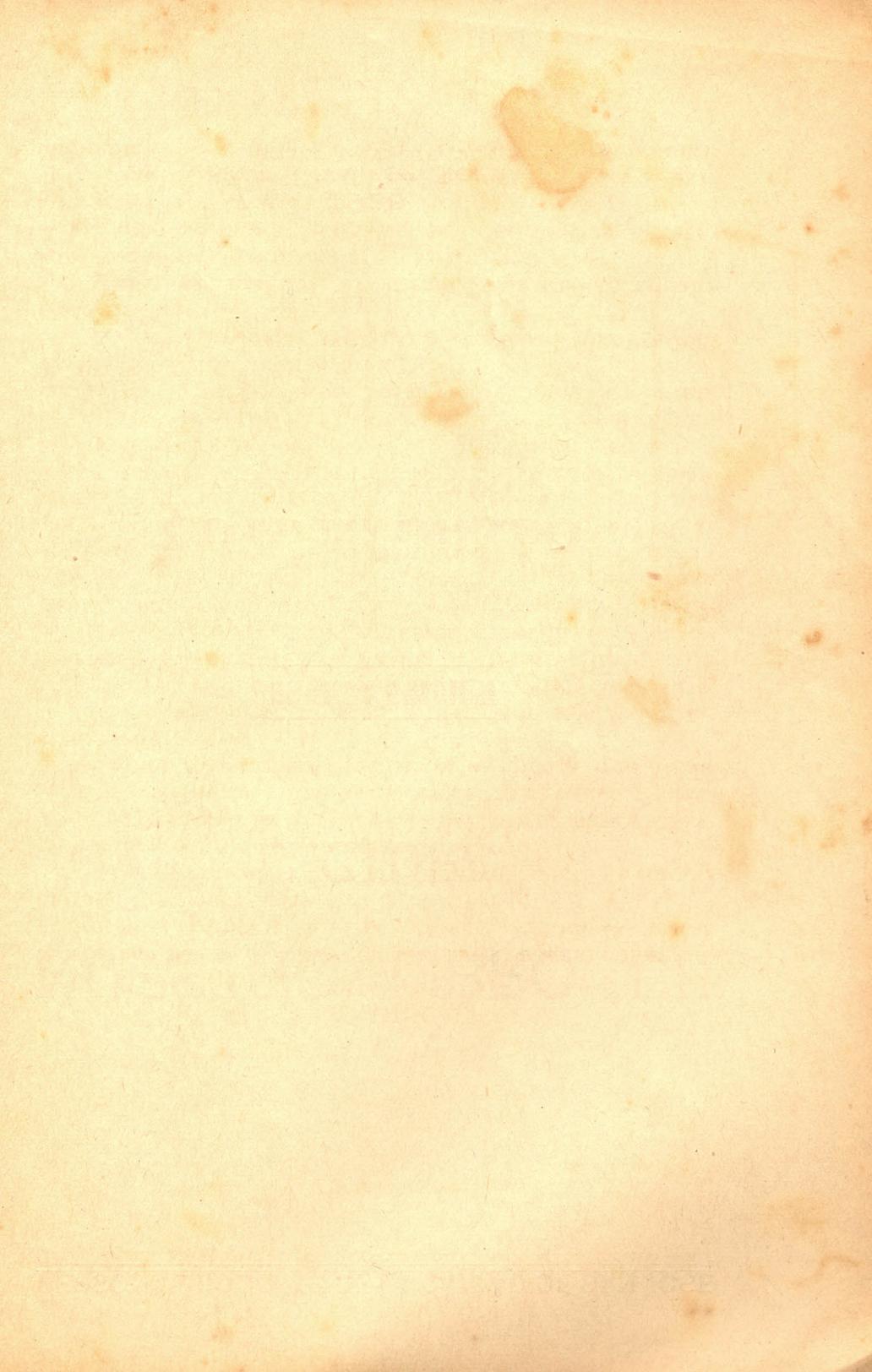
PERSONAL DOCENTE DE LA CIUDAD DE SAN JOSE

**NUESTRO LIBRO DE
LECTURA**

SEGUNDA EDICION

**CUARTO GRADO
LIBRO SEGUNDO**

1938
IMPRENTA ESPAÑOLA
SOLEY & VALVERDE



NUESTRO LIBRO DE LECTURA

MADRE

Cinco niñas vestidas con trajes del mismo color, llevarán en su frente o en el pecho, cada una de las letras del nombre: Madre.

LA M.— ¡Yo soy la M y orgullosa me siento de iniciar el nombre sagrado de Madre!

Soy también la inicial de la palabra música y ha de ser así, puesto que el nombre de madre es dulce y agradable como los sonidos musicales; es música que habla al corazón.

Inicio también la palabra mar, que nos habla de algo inmenso, como inmenso es el amor de la madre. Martirio, que es sinónimo de madre puesto que su vida es un constante sacrificio y puesto que ella es capaz de llegar hasta el martirio por salvar a uno de sus hijos.

La inicial soy también de maravilla, porque la madre es un conjunto de todas las maravillas... Y de María la que resume todo en la gloria de su nombre, que cual la música lleva en sí la magia del consuelo y cuyo amor a la humanidad es profundo e inmenso como el mar. María, la que allá en el Gólgota sintió sangrar su amante corazón antes del martirio de su hijo, la que es una maravilla de mujer, entre todas elegida para ser la madre de Dios y de los hombres.

LA A.— ¡Yo soy la A y sigo a la M en el nombre glorioso de Madre!

Amor, abnegación, altruísmo, palabras todas que sublimidad expresan, conmigo se inician.

¡Cómo no había de entrar en la formación de este nombre si la madre es lo más sublime de la tierra!

LA D.— Dios, supremo bien, bondad infinita, se inicia conmigo, con la D. Yo soy el corazón de este nombre

y ¿sabéis por qué lo soy? Porque las ternuras del corazón materno son infinitas como infinito es el amor de Dios.

LA R.—Sigo yo, la ERRE, como decís vosotras, pero dentro de este nombre mi sonido se suaviza; soy ERE, porque la madre toda milagro de dulzura y de suavidad, no puede llevar en su nombre un sonido fuerte. Sucede como en aurora que es la sonrisa del cielo, porque la madre es la sonrisa de Dios.

LA E. La última soy yo, la E, muy conocida de todas. ¡Ya me habéis visto iniciando las palabras excelso, eterno, espíritu, todas expresión de cosas nobles y elevadas, como noble y elevada es la figura de la madre!

Luego con movimientos graciosos cantan:

Nombrecito hermoso, qué contenta estoy,
de ser de las letras que en tu nombre están.
Gratas emociones siéntense al oírte
bien se ve que eres de amor mensajero;
labios cariñosos con amor te nombran
y eres todo fiesta, música y amores.
Madrecita tierna, hoy es un gran día,
tu nombre formamos llenas de alegría.
De hoy en adelante ufana seré
de formar tu nombre y siempre lo estaré.

GUILLERMINA DE VILLALOBOS

VIEJECITOS

¡Cabezas blancas, que meditáis inmóviles en la penumbra de las alcobas, nimbadas por la luz de la luna... que parecéis tocadas con el plumón de niveas avecillas... con el vellón de un corderillo sin mancha...!

Yo me inclino reverente ante vosotras como ante una hostia santa... porque infundís respeto y veneración... porque la experiencia de los años os ha puesto aureola de beatitud... porque irradiáis luz del cielo... Ya casi no sois de este mundo, blancas cabezas, viejecitos queridos de mirar apacible! Vuestros ojos que lucieron fulgores de estrella, fijos ahora en magníficas visiones

tienen la quietud de los celajes de ocaso... Ya casi no sois de este mundo... Como frascos de esencias delicadas, habéis ido prodigándoos, consumiándoos, y pronto no quedará de vosotros más que una estela perfumada... ¡Pronto el Angel de la Muerte, sutil y leve como un sueño, os arrullará en sus brazos murmurando a vuestro oído canciones de dulzura infinita...!

¡Blancas cabezas, con blancura de lirios, pero de lirios prestos a doblarse sobre sus tallos ya marchitos, cómo me apena vuestro manifiesto cansancio!

Quisiera yo que, convertido mi regazo en almohadón de plumas, reposárais en él... dulcemente... muellemente... como el niño en el regazo de la madre... Y vigilante yo de vuestro sueño, acariciar, como ella, vuestras frentes... besar con unción esos ojos de quietud de ocaso... pasar suavemente mi mano por la seda de vuestras cabelleras blancas.

AURISTELA DE JIMÉNEZ

ELOGIO

Si a mí estrella me pidieran
para hacerla flor del día
el corazón de mi madre
por estrella yo daría.

Si a mí linos me pidieran
para la cuna del niño
la ternura de mi madre
yo daría por lino puro.

Si me pidieran tesoro
para enriquecer la vida
el amor que no se acaba
de mi madre yo daría.

Si me pidieran belleza
para el jardín del Señor
yo daría la de mi madre
que floreció en el dolor...

Y si reina me pidieran
para homenajes de amor,
pues daría la de mi madre buena
que en la tierra es la mejor.

CARLOS LUIS SÁENZ

EL CARTERO MALO

Madre, dí, ¿por qué estás tan callada y tan quieta, echada allí en el suelo? No ves que la lluvia entra por la ventana abierta y que te estás mojando? Mira, son las siete y hermano y yo tenemos que irnos ya al Colegio. Qué te pasa, madre? ¿Por qué estás así? Es que no has tenido carta de papá? A todo el pueblo le trajo hoy carta el cartero; sólo las cartas de papá se las guarda en su saco para leérselas él...

Madre, estoy seguro de que el cartero es un hombre muy malo.

...Pero no estés tú triste, madre mía. Oye, mañana es la feria de la aldea de ahí junto. Que vaya la criada y me compre plumas y papel; yo te voy a escribir las cartas de papá; ya verás como no encuentras ni una faltita; te escribiré desde la a hasta la k...¿Te ríes, madre? Te figuras tú que yo no sé escribir tan bien como papá? Verás tú, yo rayaré el papel con una regla y haré bien grandes las letras. Y cuando concluya, ¿piensas que voy a ser tan tonto como papá, que echa la carta en el bolso de ese antipático cartero? Te la traeré yo mismito sin esperar y te ayudaré a deletrearla. Ya sé yo que al cartero no le gusta darte las cartas más buenas.

JESUS

Uno de aquellos que a Jesús herían
con blasfemias, después de flagelarlo,
arrancóle un puñado de cabellos
en tibia sangre y en sudor bañados.
Y dijo, alzando los crispados puños:

«Voy a ofrendarlos a Caifás». El manto de la noche cayó sobre la tierra, y el hombre caminaba apresurado. De pronto se detuvo como presa de una visión deslumbradora, y, pálido y amedrentado, vaciló... Tenía un haz de resplandores en la mano.

VICTOR HUGO

CONSEJOS DE ABUELO

Quiero conversar contigo que no sabes nada de las cosas ni de los hombres, paseándonos de la mano a lo largo del camino que el sol baña de claridades rosadas... Los sesenta años hacen al hombre más serio y más sabio... así se dice, al menos. ¡Escucha, pues, mi palabra, hijo mío!

—Tú que no sabes nada de las cosas ni de los hombres, porque vives entre la dicha y la calma, crees que el rosal tiene siempre rosas, que el cielo es siempre azul y siempre bueno el hombre. ¡ Ah! La injusticia y la violencia abaten de continuo a la humanidad y la mantienen constantemente sumida en el dolor...

¡Para equilibrar un poco la balanza, aprende a ser dulce, hijo mío!

—Tú que no sabes nada de las cosas ni de los hombres, porque todo para ti es alegría y serenidad, no has visto nunca inclinarse las frentes al paso de la tristeza... Compadécete de la menor pena... Pero no por ello dejes de reír, niño mío: ¡que la risa es buena cuando mana de un corazón indulgente y sano!

—Tú que no sabes nada de las cosas ni de los hombres, tú que no has mentido ni dudado nunca, no puedes comprender que muchas veces, sin causa, se deforme la verdad. Ocurre que se llega a desconocerla. Cada cual la acepta a su modo y algunos se ríen de ella. ¡Conserva tu corazón siendo sincero y sé franco, hijo mío!

—Tú que no sabes nada de las cosas ni de los hombres, tú que tienes el alma como un cristal, no puedes comprender las transformaciones del amor divino en

amor brutal. Tú habrás de ver más tarde cómo decae el hombre y se degrada y envilece en las fatigas de su marcha. ¡Pero piensa que vienes del país de los ángeles, y sé puro, hijo mío!

—Tú que no sabes nada de las cosas ni de los hombres, cuando vayas solo por el largo camino, recuerda mis palabras de este día.

¡Y en la vida,—donde nada es fácil,—trata de aprovecharlas y me recordarás con cariño, hijo de mi alma!

JACQUES NORMAND

EN EL CALVARIO

Del semioscuro fondo del paisaje
se destaca la pálida figura
de la madre de Cristo, sin ventura,
que llora su dolor.

De sus divinos ojos oscurece
la luz, el duelo que su pecho siente
al ver que muere de la cruz pendiente
el hijo de su amor.

Ella cruzó la dolorosa vía
junto al mártir, convulsa y sollozante,
hasta llegar el pavoroso instante
en que negro capuz

cubrió el fulgor del luminoso día,
al exhalar su aliento postrimero
el Redentor del mundo, en el madero
sangriento de la cruz.

Y está del Hijo al pie doliente y triste,
símbolo es del sacrificio eterno
de que es capaz el corazón materno,
fuente inmensa de amor.

«¡Hijo de mi alma!»—exclama delirante.
Y cruzando las manos sobre el pecho,
al cielo mira y dice: «Ya está hecho,
el amor es dolor».

SE NECESITA UN MUCHACHO

Se necesita: Un muchacho que se pare recto, que se siente recto, que obre con rectitud, que hable con rectitud.

Un muchacho que escuche atentamente cuando se le hable, que pregunte cuando no entienda y que no pregunte sobre lo que no le importe.

Un muchacho cuyas uñas no tengan luto, cuyas orejas estén limpias, cuyos zapatos estén lustrosos, cuya ropa esté cepillada, cuyo cabello no esté en desorden y cuyos dientes estén bien cuidados.

Un muchacho que se mueva rápidamente y con el menor ruido posible.

Un muchacho que se vea alegre, que tenga una sonrisa para todo el mundo y que nunca esté huraño.

Un muchacho que no fume y que no tenga deseos de aprender tampoco.

Un muchacho que nunca abuse de otros muchachos, ni permita que abusen de él.

Un muchacho que cuando no sepa una cosa, diga no sé, y cuando cometa un error, diga, me equivoqué, y cuando se le pida que haga una cosa, diga, voy a hacerla.

Un muchacho que hable con la frente alta y que diga siempre la verdad.

Un muchacho que prefiera perder su colocación o ser despedido de la escuela, antes que decir una mentira o cometer una acción perversa.

Un muchacho que demuestre más interés en hablar buen español que en decir blasfemias e indecencias.

Un muchacho que no se las eche de sabio ni trate de llamar la atención.

Un muchacho que guste de leer libros buenos e instructivos.

Un muchacho que se conduzca con naturalidad y desenvoltura, pero respetuoso, en presencia de las niñas.

Un muchacho que no sea egoísta y no esté hablando siempre de sí mismo.

Un muchacho que sea bueno con su padre y gene-

roso con su madre, cuya intimidad comparta mejor que con cualquier otro.

Un muchacho cuya presencia inspire alegría.

Un muchacho que no sea santurrón, ni pedante, sino franco, saludable, feliz, lleno de vida.

Un muchacho cuyas ideas religiosas no ostenten el sello de la intolerancia o de la grosería.

A este muchacho se le necesita donde quiera. La familia lo necesita, la escuela lo necesita, el taller lo necesita, los muchachos y muchachas lo necesitan, todo el mundo lo necesita.

LA ESCUELA

Es la escuela una fuente amorosa,
en sus aguas mitigo la sed
que devora mi mente ardorosa
porque anhela la luz del saber.

Cada vez que a sus puertas me llama
yo me acerco con gusto y placer;
con sus voces las almas inflama
y nos hace cumplir el deber.

Todo el tiempo que vivo en la escuela
yo me siento inundado de amor;
ella es siempre una madre que vela
por nosotros con mucho fervor.

Respetar este templo sagrado
para todos es grato deber,
y para él un buen nombre ganado
nuestra gloria mayor ha de ser.

ARACELI R. DE PÉREZ

EL JUEZ

Decid cuanto os plazca, que yo sé mejor que nadie las faltas de mi niño. Y no lo quiero porque sea bueno:

lo quiero por que es hijito mío. ¿Y cómo habéis de saber vosotros lo que él vale? ¡Si pesáramos sus méritos con sus faltas! Cuando yo le castigo, es más mío que nunca. Cuando le hago llorar, mi corazón llora con él. Sólo yo tengo el derecho de culparle y de reñirle, porque solamente el que ama puede castigar.

RABINDRANATH TAGORE

HIMNO NACIONAL DE COSTA RICA

Noble Patria, tu hermosa bandera
expresión de tu vida nos da:
bajo el límpido azul de tu cielo
blanca y pura descansa la paz.

En la lucha tenaz, de fecunda labor
que enrojece del hombre la faz,
conquistaron tus hijos—labriegos sencillos—
eterno prestigio, estima y honor.

¡Salve, oh, tierra gentil!
¡Salve, oh, madre de amor!
Cuando alguno pretenda tu gloria manchar
verás a tu pueblo, valiente y viril
la tosca herramienta en arma trocar.

¡Salve, oh, Patria! Tu pródigo suelo
dulce abrigo y sustento nos da;
bajo el límpido azul de tu cielo
vivan siempre el trabajo y la paz.

JOSÉ MARIA ZELEDÓN

LA PATRIA

La patria es este suelo tan querido donde vimos la primera luz; la casa donde nos criamos; los prados, bosques y montes que nos son familiares; el río o torrente que manso o impetuoso corre por el valle; el horizonte

risueño o sombrío que limita nuestra vista; la ciudad, villa o barrio que habitamos; la casa de escuela tan llena de recuerdos infantiles; el templo con su enhiesto campanario que domina la campiña y que eleva nuestro pensamiento hacia el Autor de todas las cosas.

Pero la patria abarca un territorio más vasto, se extiende hasta la línea que nos separa de los países vecinos. Cuanto más recorremos el territorio nacional, más se acentúa y arraiga en nuestro corazón el cariño que profesamos a la patria, apreciamos mejor las innumerables bellezas que la pródiga naturaleza ha derramado sobre ella: sus campos fertilísimos, sus perspectivas risueñas o severas, sus prósperas ciudades y villas, sus numerosos ríos, sus magníficas selvas y macizas montañas.

Si un día—no lo permita Dios—naufragaran nuestras libertades; si el extranjero se adueñara de nuestro territorio y nos dictara odiosas leyes, ¿qué nos aguardaría? Sometidos a humillante esclavitud, porque esclavo es el pueblo que no puede dirigir por sí mismo sus destinos, y expuesta nuestra fortuna a las depredaciones del invasor, ¿podríamos decir aún que tenemos patria? La tranquilidad del hogar, los tiernos encantos de la familia, los regocijos nacionales, todo acabaría para nosotros. Los esclavos no tienen patria.

NUMA DROZ

ALMA MATER

Tu primer deber es dar la vida por la Patria. Tu segundo deber es ser más fuerte para mejor servirla; porque ella no quiere víctimas gloriosas, sino gloriosos vencedores. Así, ejercita el cuerpo y la voluntad en los juegos viriles y en las empresas arduas. Así, alístate bajo la bandera que tus padres te legaron sin mancha, para que puedas mañana defenderla en las batallas. Bendito aquél que puede aplastar al que insultó a su patria!

Afánate y trabaja. Sé avaro de este aire, de este sol, de estos ríos, de estas montañas, de esta tierra sa-

grada que no abre el arado sin remover los huesos de algún héroe muerto por defenderla; es tuya; la compraron para ti, al precio de su sangre; y es dulce y maternal; si tu sudor la riega, verás cómo produce, y verás cómo te paga tu labor.

Que ese aire mueva un molino tuyo. Que ese sol fecunde una sementera tuya; que esa agua cante impulsando un telar tuyo; que tus manos rompan esa montaña para arrancarle sus tesoros que son tuyos. Verás cómo premia tu esfuerzo con sus dones preciosos. Consévalos: si los vendes, vendes tu destino y te conviertes en un extranjero en tu patria. Si sano y fuerte los pones en manos extrañas, cien brazos se alzarán del polvo para maldecirte.

Ahorra: el ahorro es la base de la libertad de los pueblos como de los individuos. El que debe más de lo que puede pagar es un esclavo. No gastes más de lo que efectivamente hayas ganado; no gires nunca sobre el porvenir.

Ayuda a tu hermano con tu consejo y con tu hacienda; ofrécele el empuje de tus hombros si se atascó su carro en el camino, o se rompió su rueda. Lo que no puede uno lo pueden ciento. La asociación es la gran palanca del progreso.

No vaciles nunca al emprender cualquier cosa útil, por pequeña que te parezca. Lo grande y lo pequeño tienen su lugar en la vida. Cumple con tu deber, que como dijo un pensador; ningún esfuerzo por el progreso universal se pierde.

El carácter es audacia y perseverancia; si lo tienes encamínalo al bien; si no lo tienes procura por lo menos que lo tengan los demás; y habla mucho de él como de todas las grandes cosas porque la idea induce al acto.

Si eres rico, funda una escuela que lleve tu nombre, para que lo bendigan nuestros hijos. Yo me pongo a pensar lo felices que serán los ricos que fundan una escuela y la ven llenarse de niños, familia divina suya, hijos suyos, más hijos suyos tal vez que los mismos hijos de su carne, y exclamo: ¡rico, funda una escuela, pequeña o grande; una escuela cualquiera, pero funda una escuela! Tus abuelos, llenos de fé, levantaron templos

sublimes porque así creían servir mejor a Dios, a su Patria o a sus leyes. Tú: ¿qué has hecho para pagar la deuda sacratísima?

Enseña sin descanso con tu palabra y con tu ejemplo a amar a la Patria, a la ley, a la justicia; y cuando te veas en la cumbre de tu ancianidad rodeado de descendientes fuertes y honrados, orgullosos de ser costarricenses, regocíjate, gózate; ya puedes dormir tranquilo el largo sueño.

LUIS G. COYULA

EL VALLE

—¡A que no sabes tú en qué se diferencian un valle y una llanura!—dijo Mercedes a Guillermo.—¡Vaya si lo sé!—contestó el niño—Valle es terreno llano rodeado de alturas. Llanura es un terreno donde no hay alturas, o que no tiene sino elevaciones muy pequeñas.

—¿Será verdad que casi todos los valles tienen ríos?

—Claro, porque son los ríos quienes hacen casi todos los valles.

—¡Qué sabes tú!

—Tú misma puedes verlo cuando quieras. Espera que compongan la calle donde vivimos, y a poco tiempo verás, cuando llueve, que el agua de lluvia se lleva parte del polvo y de la tierra, y forma zanjas más o menos grandes, según la cantidad de agua que pasa por ellas.

Todas esas zanjas son valles pequeñitos.

—Es verdad lo que dices: yo he tenido ocasión de verlo muchas veces; pero no sabía que así también se formasen los valles. ¡Una idea!

¿Por qué no vamos uno de estos días con papá a visitar un valle?

—¡Qué bueno! Vamos a estudiar de cerca lo que es un río.

A los pocos días, fueron los niños en compañía de sus padres a visitar un vallecito que se encuentra cerca de la población. Era un paraje verdaderamente delicioso. Un arroyuelo de agua pura y cristalina serpeaba entre lomas cubiertas de espesa hierba. Medio ocultas por

los árboles, y tapizadas de blando césped, las orillas parecían invitar al descanso y al sosiego; y de trecho en trecho la corriente, encontrando un desnivel, formaba cascaditas que dejaban oír suavísimo murmullo.

Cantaban los yigüirros en los cipreses, golpeaba un carpintero real el tronco de un guayabo; y de vez en cuando un abejoncito, hermoso como un aderezo de esmeraldas, se detenía ante la corola de una flor abierta, y desaparecía al instante, como arrepentido del despojo que iba a ejecutar.

Durante unos minutos no hablaron los niños; parecían extasiados. Mercedes que era la mayor, se dejó caer sobre una piedra junto a un remanso del río, y desde allí empezó a observar atentamente cuanto la rodeaba.

—¡Qué bien se está aquí!—dijo de pronto.—¡Qué agradable es todo esto, la sombra de los árboles, el césped, la corriente del río!

¿Se parecen a éste todos los valles?

—Claro que no—contestó don Justo—mas por regla general los valles son los sitios preferidos por el hombre.

—¿Y por qué, papá?

—Porque ocupan los terrenos más fértiles, los mejor regados y los dotados de comunicaciones más fáciles. Por eso casi todas las ciudades importantes que hay en el mundo se encuentran en un valle o cerca de un valle.

—Lo que me gusta más de todo esto—declaró Jorge, el pequeño—son las cascaditas que forma la corriente.

—¿Sabes una cosa?—dijo Guillermo—Esas cascaditas son hechas por el mismo río. Mira: cuando la corriente de un río pasa de un terreno duro a otro más suave, desgasta primero el terreno blando, hasta formar en él una caída o salto.

—¡Quién no sabe eso!—interrumpió Mercedes.—El río lo hace todo: el cauce, el valle, los tornos o vueltas de este último, las cascadas de la corriente, los deltas de la boca, los cantos rodados, las arenas. El río es un obrero infatigable.

—¿Dónde nace el río?—preguntó repentinamente Guillermito.

—Nace—respondió el padre—no muy lejos de aquí, en una fuente o manantial. ¿Vamos a verlo? ¡En marchal!

Y siguiendo una vereda muy tortuosa, los excursionistas, después de media hora de camino, llegaron a un peñasco de donde brotaba un chorro de agua cristalina y fresca.

—Esta es la fuente que buscábamos—exclamó Don Justo.—El agua que aquí brota de la peña cae por su propio peso.

—¿Y de dónde la toma la tierra?

—De las nubes. El agua de lluvia se filtra por el terreno, hasta llegar a una roca dura que no se deja atravesar por el agua. Entonces se deposita, busca salida al exterior, y brota por una abertura, llamada fuente o manantial. Desde la fuente,—continuó diciendo el señor Fernández—la corriente baja hasta llegar al mar. Primero corre con suma rapidez: es un torrente. Luego marcha con cierta lentitud, y por último, al llegar a la llanura costanera, las aguas van despacio, como si tuvieran miedo de acercarse al mar.

—¿En qué consiste esa diferencia?—preguntó Mercedes.

—Consiste—contestó el padre—en el declive o inclinación que el terreno tiene. La parte alta, donde está la cabeza o fuente, casi siempre es escarpada; luego viene un declive más o menos suave y, por último, la llanura baja hasta la costa de un modo imperceptible.

—¡Cuántas cosas hay que aprender en el río!—exclamó Guillermo.

—Innumerables—contestó don Justo.—Y eso sin contar con los beneficios que produce al hombre. El río es gran amigo nuestro. Nos da agua que beber, peces y otros animales que comer; él es quien riega y fertiliza los valles y abona los terrenos, y mueve los molinos de agua y las turbinas y las máquinas para fabricar papel, hielo y otros artículos. Cuando el cauce es navegable, el río constituye un medio fácil de comunicaciones entre los pueblos.

Sin los ríos, la tierra se convertiría en un desierto, o, lo que es peor, en un pantano inmenso donde la vida sería imposible para el hombre.

Por eso es que los hombres aman tanto los ríos. Los ríos son el alimento, el bienestar y la salud del hombre.

Los niños volvieron a la casa hondamente impresionados con esta lección. Habían comprendido por vez primera que entre el hombre y la naturaleza existen estrechas relaciones, y que los pueblos están inseparablemente unidos a todo cuanto les rodea.

CURIOSIDADES DE COSTA RICA

En las proximidades de Cartago, al suroeste, aunque no en dominios de la hidalga ciudad, existen dos curiosidades, motivo de admiración para el observador viajero: un surtidor de agua volcánica y un cerro cónico.

La fuente hierve a extremo de que hundir la mano sería exponerse a las consecuencias de una quemadura: un huevo queda cocido en cinco minutos; transeunte ha habido que con ese líquido, a tragos, ha calmado serias dolencias de estómago; el humo constante de la ebullición, en depósito circular de un metro de diámetro, llueva o haga sol, se nota desde lejos.

El desborde de las aguas deja sedimentos de salitre; y en las bellas tardes, preferentemente, llegan bandadas de collarejas o palomas, que tanto abundan en las selvas del país, a picar los granos de arena de las rocas.

El cerro cónico, revelador de monumental trabajo indio, en épocas lejanas, parece descansar sobre una piedra, cuatro veces mayor que la famosa de Aserrí a 12 kilómetros de San José.

Partida en dos, la inmensa mole, según lo presenta por su base, tribus indias la aprovecharon para vivienda de algún jefe, pues hay galerías a cuya entrada fué descubierta una pareja de ídolos graníticos—hombre y mujer—de sesenta centímetros de alto.

La parte superior descubierta en un principio, dió lugar a costoso relleno quizá por medio de esclavos aborígenes, de los que por centenares disponían los caciques.

Aquella región, no hace treinta años, estaba cubierta de montañas vírgenes; en el cerro no aparecen restos de vegetación antigua, como se aprecian en los contornos.

No lejos corre un río; y conocido es por la historia

que las razas primitivas gustaban establecerse muy cerca de las corrientes fluviales.

De los nativos moradores seguramente, aquel coloso, fué el atalaya defensivo.

M. GÁMEZ MONGE

VIAJE AEREO A MEXICO

El espectáculo del vuelo es bello, enorme, desde que se levanta el avión en San José.

Poco después de haber salido se domina el valle central. Se ven todos nuestros cantones atados por la sierpe de la carretera Cartago-Naranjo, y toda la meseta es un huerto que revela el esfuerzo del tico por cultivar la tierra. Esto, sin embargo, desaparece sobre la provincia de Alajuela; de allí al norte hasta Nicaragua, es casi todo selva virgen, selva extendida hacia el Atlántico. Sobre la selva vese un cono enorme, imponente, cubierto de vegetación. ¡Es el volcán Miravalles! Lo pasamos por encima y desde sus mil setecientos treinta metros vemos que la tierra nuestra se aleja y el río Tempisque es apenas un hilo... Hemos entrado ya en tierra nicaragüense. Ahora la nave aérea nos hace pasar sobre los bellos lagos de Nicaragua. Allí no más se destacan el Ometepe y el Madera, los montes gemelos, y al pasarlos, vemos a sus pies, como un escabel suyo, la extensión toda del lago, el istmo estrecho que los separa del Pacífico y el anfiteatro de alturas que se extiende sobre la mitad del horizonte.

Pronto tenemos la sorprendente visión del Momotombo: el piloto vira en torno de su cono pelado, color de llama, cuya base forma península sobre el lago de Managua. Nos asomamos a su boca infernal y sentimos vértigo como si nos atrajera el abismo. A poca distancia, entre el Momotombo y el Chiltepeque, está el Momotombito, en pleno lago de Managua, formando una isla cónica llena de vegetación. Alcanzamos a ver hacia el oeste el famoso Cosigüina, complacidos de no haber pasado sobre su cráter coronado de almenas.

Después de tanta majestad de panoramas y de tanta

emoción de altura ya hemos ganado un descenso, el trimotor baja poco a poco, y ya estamos con los pies en el suelo mismo que meció la cuna de Darío.

Volvemos luego al pájaro enorme para seguir el vuelo hacia el norte. Poco después entramos en tierra hondureña. Desciende en San Lorenzo el velívolo, hacemos corta espera, y de nuevo se eleva, para darnos el miraje precioso del campo salvadoreño. Es ahora el volcán San Miguel sobre cuya cima damos vuelta, casi tocándolo. Seco, enrojecido, humeante. Su aislamiento, la magnitud de su base, lo abrupto de sus pendientes hacen de él un monte singular. Alrededor se extienden los valles del Lempa y más allá la bahía de Fonseca. El cráter tiene tres kilómetros de circunferencia; en el contorno del monte se ven huellas rojas de lava, como serpientes oscuras que se retorcieron hacia la cumbre... A poco saludamos al viejo y apagado San Vicente, al este el lago Ilopango, y mientras nos recreamos con la vista del valle, se ven hasta siete ciudades de aspecto risueño, como si formaran un solo jardín. La gigantesca nave con sus bajonazos graduales nos anuncia que vamos descendiendo a tierras salvadoreñas.

En la mañana siguiente íbamos camino a Guatemala. En el trecho admiramos la provincia de Santa Ana y nos deleitamos con el paisaje de quince distintas ciudades regadas sobre el suelo salvadoreño. Una hora de vuelo y estamos en «La Aurora», el campo de aterrizaje, a poca distancia de la capital guatemalteca. Allí esperamos poco tiempo y volvemos al vuelo. ¡Espectáculo maravilloso nos esperaba aquí! El avión pasa entre los volcanes «Agua» y «Fuego» y casi los roza con sus alas.

Pasamos cerca del lago Atitlán donde a su vera se yergue la pirámide del Santa María.

¡Ya estamos sobre tierra mexicana! Nos lo anuncia el río Suchiate que es límite entre los dos países y que se ve serpear en una grande extensión de su curso.

Descendemos en Tapachula; ya estamos tocando la tierra de Cuahtémoc. Media hora después estamos iniciando el vuelo más intenso, tres horas y media sobre las altas serranías de México, vamos de Tapachula directamente a Veracruz. La tempestad obliga a elevarse sobre

ella misma y estamos navegando sobre un mar de nubes que parecen témpanos y que a veces forman figuras de animales polares. ¡Nubes y nubes y nubes blancas en toda la extensión: abajo el arco-iris, el mundo! Arriba Dios. La mente se llena de ideas fantásticas. El espíritu siente que se le abren nuevos horizontes. Palpita el gran canto que hemos de hacer en holocausto a la aviación. Por fin se arreglan las nubes y desde diecisiete mil pies de altura se ve la tierra apenas. Desciende poco a poco de la fatigosa altura el pájaro enorme que nos lleva y ya bajamos a Tejería, en Veracruz. ¡Nos volvemos a ver los viajeros como asombrados de estar juntos todavía y recónditamente hay en todos los corazones una oración de gracias!

La estación aérea aquí es una de las mejores que hemos visto.

¡Y arriba otra vez! Ya sentimos que tenemos alas en el alma, ya no hay vértigo de altura, ya no hay temor!

¡Tenemos familiaridad con el vacío!

¡Este es el valle de Orizaba! Rico, fértil, enorme. ¡Ese es el valle de México..! Parcelas bien determinadas, con sistemas de riego, todas cultivadas. Allá una población ganadera; más allá pozos de petróleo. El ferrocarril como de portal, va atravesando las llanuras. ¡Veinte ciudades se dominan en el valle!

Vemos el picacho del Orizaba, el majestuoso cono que tiene cinco mil setecientos metros de altitud, y poco después ¡el Popocatepetl! el gigantesco, el nevado monte inaccesible!

Y a poco, el Yxtaccihuahl! (La mujer dormida). El avión pasa casi rozando el peplo de nieve de aquella figura de mujer y nos sobrecogemos de una emoción hasta entonces desconocida, de belleza sobrenatural, casi de pavor. Quedamos todos en silencio. ¡Por fin ya llegamos!

Comienza la nave a descender y el trimotor cae suavemente. Estamos en la ciudad de México.

PRIMERA GUERRA CIVIL EN COSTA RICA

En diciembre de 1821 la ciudad de Cartago acordó adherirse al Imperio Mejicano, pero a reserva de que la junta establecida continuase gobernando la provincia, mientras se consolidaba el Imperio constitucional. San José y Alajuela apoyaron este acuerdo; en cambio Heredia estaba por la sumisión incondicional e inmediata a las autoridades imperiales de Nicaragua, que amenazaban invadir a Costa Rica con tropas. Esta divergencia de opiniones produjo un rompimiento en el país y Heredia se divorció de las demás poblaciones.

Organizado el imperio constitucional en Méjico, llegó la hora de prestarle juramento de fidelidad. La resistencia mostrada desde el principio por la mayoría del pueblo costarricense contra esta forma de gobierno, tomó entonces mayores proporciones. En febrero de 1823 estalló en Cartago un movimiento popular en favor del sistema republicano federativo con Colombia. Este movimiento fue apoyado por San José, Alajuela y otros pueblos; Heredia seguía siendo imperialista. Para resolver esta dificultad se reunió un congreso en marzo de 1823.

Los imperialistas de Cartago se unieron entonces con los de Heredia para hacer jurar el imperio. A esto contestaron los republicanos de San José y Alajuela proclamando la república y unidos marcharon en armas contra Cartago. Imperialistas y republicanos se encontraron en el Alto de Ochomogo en la madrugada del 5 de abril de 1823 y allí se derramó la primera sangre costarricense en lucha fratricida.

Suspendidas las hostilidades por intervención de Fray Francisco Quintana, el jefe republicano, don Gregorio Ramírez continuó su marcha hasta Cartago, fingiendo hallarse animado de sentimientos de conciliación; pero una vez dueño de la plaza procedió como vencedor y la capital de la república fué trasladada a San José, hecho que sancionó el Congreso.

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

LA LEYENDA DEL BARBA

El macizo del Barba está caracterizado por las tres azules y hermosas cúpulas en que culmina llamadas vulgarmente las Tres Marias y que desde San José se ven formando un triángulo equilátero. La del Sur es propiamente el volcán, en cuya cima hay una laguna de agua fresca y clara, al rededor de la cual, la fantasía ha forjado una leyenda.

En aquellos tiempos en que los conquistadores españoles ocupaban nuestro territorio, dos de ellos, perdidos en los rincones de esas montañas, subieron hasta la cumbre del Barba. Mientras caminaban casi exhaustos de hambre y de cansancio, encontraron un inmenso tesoro, que los indios en su fuga habían dejado oculto.

Sus espíritus revivieron de gozo, pero uno de ellos, sólo pudo disfrutarlo por pocas horas; la enfermedad y la fatiga lo vencieron y murió, después de encargar a su compañero que con su oro, levantara allí una ermita a la Virgen del Pilar, que es la patrona de los españoles. Este juró cumplir, pero luego la codicia lo aguijoneó haciéndolo pensar en adueñarse de todo el tesoro.

Enterró a su amigo y loco de ambición cargó el tesoro y caminó durante toda la noche y el siguiente día hasta que el sueño lo hizo tenderse a descansar. Al despertar vió con espanto que se hallaba en el mismo sitio de donde había salido el día anterior y a la par de la tumba de su amigo. Mientras trataba de convencerse de aquello, vió aparecer sobre unas rocas, una hermosa y bellísima muchacha que al mirarlo se cubrió el rostro y comenzó a llorar.

Admirado corrió hacia ella para hablarle y preguntarle el motivo de su llanto.

—Lloro,—dijo ella,—por los hombres sin fe y que no saben cumplir la palabra empeñada.—Mas lleno de asombro, le preguntó quién era.

—Pilar,—dijo la niña y continuó llorando.

Recordando aquél su promesa, de nuevo ofreció hacerle el templo, con todo el tesoro, con tal que lo ayudara a salir del monte, pero ella entonces despreció su

ofrecimiento y siguió llorando tanto, tanto, que con su llanto fué llenando la oquedad del monte y como por encanto fué deshaciéndose.

El, loco, desesperado, comenzó a buscarla alrededor de la laguna, llamándola pero en vano y en su grito de angustia murió también.

Y es decir de las gentes, que por las noches, el que va a dormir solo al monte, ve levantarse de la laguna la iglesita de la Virgen.

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

INUNDACION DE ESCASU

La noche del 24 de octubre de 1861, fué de sustos y congojas para San José. Desde muchos días antes, sin un momento de tregua, reinaba fuerte temporal y aquella noche, a eso de las nueve, se oyó un espantoso ruido, algo como el rodar de muchos carros, o los bramidos del mar cuando, agitado por ruda tormenta, viene a estrellar sus olas espumeantes contra las rocas de la playa. ¿De dónde procedía aquel ruido? Algunos aseguraban que el océano, atravesando sierras y valles, venía sobre la capital; otros menos exagerados contentáronse con decir que el Tiribí crecía de manera asombrosa y que sus aguas bien pronto se derramarían sobre las calles. Todas las explicaciones conducían al mismo fin: es decir que era llegada la hora de perecer como en el Diluvio. Los timoratos con tal amenaza subieron a la parte más alta de la Cuesta de Moras, convencidos de que las aguas tardarían en alcanzar esa pequeña elevación. Entre tanto seguía el ruido cada vez más alarmante, pero sin consecuencias aparentes: ni el Tiribí crecía, ni el mar llegaba: el miedo sin embargo, se mantenía firme.

Toda la noche se pasó en gran incertidumbre, y poco menos que en espera de la muerte. Cuando el alba extendió su velo de púrpura e inundó el cielo la primera claridad del siguiente día, se vió desprenderse del cerro de San Miguel, como una franja de plata, una hermosísima cascada.

Entre tanto el pueblo de Escasú había sido víctima de una terrible inundación que si afortunadamente no causó desgracias personales, en cambio hizo grandes daños en siembras y casas y mató gran número de animales.

Aquel fenómeno se explica fácilmente.

En lo alto del cerro había una gran hendidura, especie de cráter, que desde mucho tiempo atrás se venía llenando de agua, a la vez que desgastando sus paredes. Las lluvias copiosas de aquel año, acabaron de llenar el recipiente, que no pudo soportar el gran depósito, abriéndose uno de sus flancos, por el cual el agua se precipitó con todo el ímpetu de la gran altura y arrastrando grandes pedrones, troncos y fangos, fué a caer sobre el pueblo hasta anegararlo completamente.

Ese fué el motivo de la gran alarma que hubo en San José la noche del 24 de octubre de 1861.

MÁXIMO SOTO HALL

TECUM-UMAN

Fué un príncipe indio del reino del Quiché, Guatemala, reino que en un tiempo se extendió por el Sur hasta Nicoya.

Tecum-Uman, a la venida de los españoles con don Pedro de Alvarado, recibió el mando del ejército que había de luchar en defensa de la integridad nacional.

Descendiente de una de las familias más ilustres, a su patriotismo y gran valor, reunía la pericia y conocimientos necesarios en el arte de la guerra.

Listo ya su ejército para la lucha y en momentos de partir, arengó a sus soldados con palabras llenas de entusiasmo, marchando enseguida al encuentro de los conquistadores españoles.

Ricamente vestido y con todas las insignias de gran general, caminaba Tecum-Uman, conducido por su servidumbre sobre andas lujosamente adornadas.

Los dos ejércitos combatientes se encontraron en

una llanura que existe entre Totonicapán y Quezaltenango, en donde tuvo lugar la acción de armas.

El combate fué reñidísimo, dando mil pruebas el ejército quiché de un valor nunca desmentido, de su patriotismo y virilidad de raza; pero la superioridad de las armas españolas era muy grande y el valiente ejército indio, después de una lucha desesperada, sucumbió dejando muertos en los campos de batalla, a miles de sus soldados quienes habían preferido antes la muerte, a la triste condición de esclavos.

El príncipe Tecum-Uman dió en esa vez pruebas inequívocas de un inmenso valor. Cuando se convenció, de que todo estaba perdido, no pudiendo resistir al pesar que le causaba la ruina de su patria, aprovechando un momento de confusión, penetró en las filas contrarias para luchar cuerpo a cuerpo con el jefe del ejército español, don Pedro de Alvarado y logró dar muerte al caballo; mas cuando se proponía dar fin con la vida del caudillo español, fué acribillado por las lanzas enemigas, muriendo como un héroe.

Destruído el poderoso ejército y muerto el más grande de sus generales, el pueblo quiché perdió toda esperanza, y mujeres, niños y ancianos huyeron a los bosques, abandonando sus ricas ciudades para salvarse de aquellos extranjeros implacables que llevaban por todas partes el exterminio y la muerte.

Una leyenda agrega que un quetzal de hermoso plumaje, vino a posarse sobre el cuerpo ya frío del incomparable Tecum-Uman y cubriendo con sus alas aquellos preciosos restos, expiró. El quetzal era el Nahuatl o dios de Tecum-Uman, es decir, el símbolo o emblema de la patria adorada, por quien el príncipe se sacrificó heroicamente.

CRISTOBAL COLON

Hace muchos años vivía, del otro lado del mar, en un país llamado Italia, un niño.

Se llamaba Cristóbal Colón y tenía su casa cerca del mar.

—Quisiera ser marino, pensaba. Su papá le decía: —Puedes llegar a serlo; pero antes hay que ir a la escuela.

Fué a la escuela y aprendió muchas cosas: a reconocer las estrellas; por qué y cuándo soplan los vientos; a usar las velas de las embarcaciones.

Cuando dejó la escuela, su tío le llevó a su barco.

El deseo de Colón.—Colón anhelaba ir a un país muy rico, la India.

—¡Qué feliz sería si poseyera un buque!— decía.

Pero no tenía dinero y el rey de un país a donde fué pidiendo ayuda, no quiso proporcionárselo.

Ya en este tiempo Colón era un hombre y tenía un pequeño hijo, Diego. Estaba muy pobre y, con su hijo, se dirigió a España, donde se vió en la dura necesidad de mendigar para comer.

La gente le oía con interés hablar de su empresa y le decían:

—Id a ver a nuestra buena reina; ella os ayudará y os dará dinero y embarcaciones.

Isabel la Católica.—Colón visitó a la Reina Isabel.

La buena reina le facilitó tres pequeños barcos.

Aunque tropezó con muchas dificultades para conseguir marinos, porque los hombres tenían miedo a embarcarse, Colón logró enganchar gente para sus carabelas.

Se dió a la vela creyendo que hacía el viaje hacia las Indias.

El primer viaje.—Los marinos se sentían más temerosos mientras más se alejaban de las tierras conocidas y le decían:

—Volvámonos. Nunca retornaremos a nuestros hogares.

Como Colón no los atendía, resolvieron secretamente arrojarlo al mar y regresarse.

—Navegaremos por tres días más,—les dijo Colón,—y si no encontramos tierra nos volveremos.

Otro día descubrieron que alrededor del barco revoloteaban algunos pajaritos piando alegremente; se veían hojas verdes flotar sobre las aguas.

Esto les indicó que la tierra estaba cerca.

A la madrugada del siguiente día se oyó un disparo de cañón, anunciando la tierra.

Esto pasó el día 12 de octubre de 1492.

¡Qué felices y alegres se pusieron todos!

¿Pensáis que aquella tierra era la India?

Colón así lo creyó; mas no era la India: era nuestra América.

El Nuevo Mundo.—Colón y sus compañeros observaron gente en la costa.

Eran hombres, mujeres y niños de piel rojiza a quienes Colón bautizó con el nombre de indios y trató con bondad.

Pero los indios tenían miedo a los hombres blancos y pensaban que sus barcos eran enormes pájaros.

Al reembarcarse Colón rumbo a España, llevó consigo varios de aquellos indios.

La Reina Isabel se alegró mucho del éxito de la expedición, y concedió grandes dones a Colón, quien luego hizo otro viaje llevando diecisiete barcos.

Ahora mucha gente quería embarcarse con él. Muchos lo hicieron y vinieron a este Continente Americano en que habitamos.

ABEL AYALA

EL DEBER ANTE TODO

El general griego, Arístides llamado «El Justo» por su profundo amor a la justicia, se había opuesto a la ambición de sus compatriotas, por lo cual fue arbitrariamente desterrado.

Pasados tres años, supo desde el destierro que los persas habían invadido Grecia y que la flota griega se les había rendido. Sin vacilar un momento, y ofendido por la injusticia de las invasores de su patria, ofreció sus servicios de ciudadano al mismo Temístocles, que era su mayor enemigo y el que le había condenado al destierro, no pensando en otra cosa que en el cumplimiento de su deber. Más tarde cuando Temístocles, en su apasionado entusiasmo por el engrandecimiento de Atenas, pretendió quemar las naves de los demás estados

griegos, Aristides fué, tal vez, el único que se opuso, diciendo que efectivamente así podría enorgullecerse Atenas de ser el mayor poder moral, pero que semejante acto de injusticia haría también de Atenas la ciudad más infame del mundo entero.

Esta afirmación, que sostuvo contra Temístocles y contra la voluntad de todo el pueblo, le hizo caer en el infortunio, y morir en la miseria, víctima de su espíritu justiciero.

LA FELICIDAD ESTA EN NOSOTROS

Desde nuestra juventud tenemos a nuestro lado a una dulce hada hechicera que promete acompañarnos a través de las vicisitudes de la vida, y, constantemente alerta, nos cubre con su protección generosa. No es un hada de leyenda; existe y se desenvuelve, siempre hermosa, siempre joven.

Aunque invisible, nos deja ver sus simpáticas virtudes y sus encantos infinitos. Ella abarca todas las aspiraciones de nuestra vida; en su personalidad expresiva se ocultan todas las fuentes de nuestros deseos, de nuestra felicidad o de nuestra desgracia. Fortuna, gloria, distinciones, salud... todo lo posee y todo lo ofrece a quien por ella se deja guiar.

¡Hada divina, compañera de la Humanidad desde sus más remotos orígenes; infatigable en tu generosidad, de bondad infinita, imponente en tu omnipotencia, te llamas Voluntad!

Practicad su culto con sinceridad y fielmente... y ella os dará dominio de las múltiples razones para alcanzar vuestra dicha.

Llegará un momento en que el fin dominante de la pedagogía será lograr la independencia y el desenvolvimiento de la voluntad. Entonces dará principio el reino de la felicidad.

J. FINOT

LLENALO DE AMOR

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

Adolescente, joven, viejo, siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

En cuanto sepas que tienes delante de ti un tiempo baldío, ve a buscar al amor.

No pienses: «sufriré».

No pienses: «me engañarán».

No pienses: «dudaré».

Ve, simplemente, diáfaramente, regocijadamente, en busca del amor.

¿Qué indole de amor? No importa: todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas... pero ama siempre.

No te preocupes de la finalidad de tu amor.

El lleva en sí mismo su finalidad. U

No te juzgues incompleto porque no responden a tus ternuras; el amor lleva en sí su propia plenitud.

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

AMADO NERVO

ASI FUE

Meditaba Dios en medio de las sombras de la noche cómo iluminar el negro firmamento; meditaba... cuando de pronto hundió en la tierra su mano omnipotente, extrajo de ella un puñado de diamantes, e inundándolos con el fulgor de su mirada, lanzólos sobre el inmenso espacio y al punto surgió en el cielo la radiosa claridad de las estrellas.

Después hundió su misma mano en el mar, y de él sacó una pálida perla que bañó con una lágrima de su honda tristeza y arrojándola luego al firmamento prendió, bajo la esplendente luz de las estrellas, el melancólico lucero de la luna.

RAFAEL ANGEL TROYO

HALLAZGO

Paseaba por el bosque, perdido el pensamiento,
mirando en torno mío sin ansias de buscar
un algo que aumentara mi plácido contento,
un algo que más dicha me hiciera disfrutar.
No obstante, entre las sombras había una florecita
brillante cual estrella, hermosa sin igual;
cogerla quise luego porque era tan bonita,
pero ¡ay! alzó ella entonces su acento celestial.
¿Qué, quieres me marchite?, me dijo con dulzura,
¿Qué, quieres que en tu mano me seque yo al calor?
Con todas sus raicillas cogila con ternura
plantéla y díome entonces sus flores y su dolor.

J. W. GOETHE

UN RASGO GENEROSO

Esta mañana se ha dado a conocer Garrón. Cuando entré en la escuela, el maestro no estaba ahí todavía, y tres o cuatro muchachos atormentaban al pobre Crosi, el pelirrojo del brazo malo y cuya madre es verdulera. Le pegaban con las reglas, le tiraban a la cara cáscaras de castañas, le ponían motes y le remedaban, imitándole con su brazo pegado al cuerpo.

El pobre estaba solo en la punta del banco, asustado, y daba compasión verlo, mirando ya a uno, ya a otro, con ojos suplicantes para que lo dejaran en paz; pero los otros lo vejaban más y entonces él empezó a temblar y a ponerse encarnado de rabia. De pronto, Franti, el de la cara sucia, saltó sobre un banco, y haciendo ademán de llevar dos cestas en los brazos, remedó a la madre de Crosi cuando venía a esperarlo antes a la puerta, pues a la sazón no iba por estar enferma. Muchos se echaron a reír a carcajadas.

Entonces Crosi perdió la paciencia, y cogiendo un tintero, se lo tiró a la cabeza con toda su fuerza; pero Franti se agachó, y el tintero fué a dar en el pecho del maestro, que entraba en ese mismo momento.

Todos se fueron a su puesto y callaron atemorizados.

El maestro, pálido, subió a la tarima, y con voz alterada preguntó:

¿Quién ha sido?

Ninguno respondió. El maestro gritó, alzando aún más la voz:

¿Quién?

Entonces Garrón, dándole lástima el pobre Crosi, se levantó de pronto, y dijo resueltamente:

¡Yo he sido!

El maestro lo miró, miró a los alumnos, que estaban atónitos, y luego repuso, con voz tranquila:

No has sido tú.

Y después de un momento añadió:

El culpable no será castigado. ¡Que se levante!

Crosi se levantó y prorrumpió en llanto:

Me pegaban... me insultaban... yo perdí la cabeza y tiré.

Siéntate, interrumpió el maestro. ¡Que se levanten los que le han provocado!

Cuatro se levantaron, con la cabeza baja.

Vosotros, dijo el maestro, habéis insultado a un compañero que no os provocaba; os habéis reído de un desgraciado y habéis cometido una de las acciones más bajas y más vergonzosas con que se puede manchar criatura humana. ¡Cobardes!

Dicho esto, salió por entre los bancos, tomó la cabeza de Garrón, que estaba con la vista en el suelo, y abrazándole la cabeza y mirándole fijamente, le dijo:

¡Tienes un alma noble!

Garrón, aprovechando la oportunidad, murmuró no sé qué palabras al oído del maestro, y éste, volviéndose hacia los cuatro culpables, dijo bruscamente:

¡Os perdono!

EDMUNDO DE AMICIS

EL VIAJERO

La calle del Ideal está desierta. Solamente, allá hacia el fondo, se ve una casa custodiada por una higuera tísica.

Un viajero caminando por valles y colinas, llegó a aquella casa solitaria; viendo en la puerta a una niña rubia de aspecto enfermizo le preguntó:

—¿Cómo te llamas, niña mía?

—Verdad.

—¿Y por qué vives tan lejos de la ciudad?

—Porque nos han desterrado a mamá y a mí.

—¿Quién os desterró?

—La reina de aquella ciudad, la Mentira, y sus hijos: Interés, Calumnia, Injusticia, Engaño y Adulación. Todos se unieron contra nosotros.

—¿Y tu mamá?

—Es la viuda de lo Bueno.

—¿Y se llama?

—Conciencia.

El viajero acarició afectuosamente a la pobre niña y se despidió; volviendo las espaldas a la ciudad comenzó a alejarse.

—La niña entonces le preguntó:

—¿Y usted, quién es usted?

—El Deber.

Desapareció. Ningún viajero ha vuelto a encontrarlo.

BARCOS DE PAPEL

Todos los días echo mis barquitos de papel, uno tras otro, en la corriente. Llevan puesto, con grandes letras negras, mi nombre y el nombre de mi pueblo. Si en la playa desconocida a donde lleguen, alguien los encuentra sabrá quién soy yo... Mis barquitos van cargados con flores de mi jardín, y espero que estos capullos del alba lleguen con bien a tierra, por la noche.

Echo mis barquitos de papel en la corriente, y al levantar los ojos veo las vagas nubecillas, hinchidas sus blancas velas... No sé cuál hermano mío del cielo las echa aire abajo, para que corran con mis barcos.... De noche, escondida la cara entre mis brazos, sueño con mis barcos de papel que bogan y bogan cada vez más lejos, bajo las estrellas y la luna. Las hadas los rigen, cargados con sus cestos de ensueños.

RABINDRANATH TAGORE

EL TRABAJO

No cabe mayor ingratitud ni mayor ruindad de ánimo que mostrar desdén hacia esos humildes obreros, que son la gran base en que descansa el edificio social. Todo lo que es la humanidad, hijos míos, se lo debe al trabajo. El inventor del escoplo o de la lima es más acreedor a la gloria que el gran Alejandro, vencedor de cien reyes. Conocemos los nombres de muchos sanguinarios caudillos, y sin embargo, no sabemos quién fué el que ideó el arado.

No creáis, sin embargo, que no hay más obreros que aquellos que trabajan con las manos. El estudio es un trabajo tan positivo y tan útil como la fuerza del labrador o del carpintero. Conviene, pues, huir de dos preocupaciones igualmente peligrosas y falsas. Es la primera la de los que suponen que no hay más trabajo que el material, y que todos los hombres pensadores, ilustrados y estudiosos, son unos holgazanes. La otra preocupación es la de creer que el trabajo realizado con las manos o con la fuerza muscular es indigno del hombre y propio sólo de las bestias. En realidad, todos los trabajos son igualmente útiles, nobles y honrosos: no cabe en este punto jerarquía de ninguna especie.

NUNCA

Nunca exageres.

Nunca reveles un secreto.

Nunca rías de las desgracias ajenas.

Nunca prometas lo que no has de cumplir.

Nunca hables mucho de tus propios hechos.

Nunca dejes de ser puntual a la hora señalada.

Nunca dejes de dar una contestación a una pregunta atenta.

Nunca interrogues a un sirviente o a un niño acerca de asuntos de familia.

Nunca leas las cartas que encuentres dirigidas a otro.

Nunca refieras que has hecho algún regalo o algún favor.

Nunca mires lo que otro está escribiendo o leyendo.
Nunca te fijes en la cicatriz, defecto o deformidad
de algún presente.

Nunca llames la atención de nadie tocándole.
Háblale.

VOLUNTAD

Cada uno teje su propio destino.
La suerte no existe, no hay fatalidad.
¡Lucha, niño, lucha! Fórgate tu sino
en el recio yunque de tu voluntad.

No pongas los ojos muy cerca del suelo.
Coloca bien alto tu hermoso ideal;
¡junto a las estrellas, en el mismo cielo!
Y alcánzalo en alas de tu voluntad.

Trázate un camino recto y ¡adelante!
Lleno de malezas de seguro está.
Caerán al filo de tu arma cortante,
el hacha potente de tu voluntad.

Dragones, quimeras te saldrán al paso;
no les tengas miedo, que nada te harán.
Aparta la vista, no les hagas caso,
y sigue en las ruedas de tu voluntad.

Camina cantando a la luz del día,
o de las estrellas a la claridad...
y en la cumbre clava lleno de alegría,
el pendón glorioso de tu voluntad.

AURISTELA C. DE JIMÉNEZ

TACTO SOCIAL

Siempre que nos hallemos en una reunión donde
ignoramos a qué nacionalidad pertenecen las personas
que la forman, es prudente no tocar ningún tema que
pueda herir susceptibilidades. Debe evitarse emitir opi-

nión alguna sobre tal o cual nación, pues no sabemos si en el grupo que nos escucha hay alguna persona hija del país que atacamos.

Es incorrecto ponderar la patria donde hemos nacido, para echar por tierra la de los demás. En cualquier caso, la prudencia nunca está por de más.

Otra cosa sumamente delicada es hablar de religión. Cada cual, generalmente, piensa que no existe otra mejor que la que profesa; entonces, no hay derecho para atacar a las restantes, si se tiene la convicción de que la propia es la mejor. Así lo ordena la discreción y lo pide la elegancia.

Para actuar en sociedad no solamente precisa saber vestir bien y ser gentil y tener finos modales: son esenciales otras cosas, como las que acabo de apuntar. En cierta ocasión concurrí a una fiesta donde se hallaban presentes personas de varias nacionalidades. Una señora, que por cierto estaba dando evidentes muestras de falta de cultura, inició la conversación diciendo:

—Detesto a los italianos. Vienen a esta tierra, lo mismo que los gallegos, sin otro fin que el de enriquecerse, y, cuando generalmente lo logran, salen de aquí, protestando de nuestra patria...

Ya podéis imaginaros el comentario que se suscitó entre los presentes, entre los cuales había personas de los países aludidos por la señora, quien habiendo continuado desarrollando tema tan inoportuno no logró sino hacerse antipática e indeseable.

Desgraciados aquéllos que no saben dominarse, sobre todo las mujeres, en las cuales es un verdadero encanto la discreción y la bondad.

Sin embargo, es de sentir que muchas damas incurren en tan lamentable error, tocando lo que no ignoran que produce lastimaduras en los sentimientos patrióticos, afectivos o religiosos de los demás.

Por todo lo cual, debemos procurar dejar por donde pasemos una fragante huella de simpatía, y no un odio-so recuerdo.

NO DESPRECIAS LAS COSAS

No desprecies las cosas, por pequeñas que sean, la más leve partícula tiene su corazón... Todo en el mundo tiene alma y todo siente—cuando llega su hora—una voz interior...

¿La piedra de la calle no cruje ante la rueda del coche, cuando pasa?

Es que expresa su voz, su pesar, su infinito pesar, porque no puede quejarse de otro modo, al sentir la opresión.

No desprecies la cosa más pequeña.

¿La gota de agua que contemplamos sobre cualquiera flor, no será, acaso, una lágrima cristalina o un beso del rocío, de pena o de pasión?

¿La breve mariposa, no será un alma errante, un alma enamorada, palpitante de amor, que va en pos de una rosa para libar sus mieles y cambiar en un beso, la más grande ilusión?

No desprecies las cosas, por pequeñas que sean; cada una, a su modo, tiene un ritmo interior, un algo que palpita, que siente y que se queja: ¡y es porque cada cosa tiene su corazón!

EDUARDO DE ORY

PARRAFOS CURIOSOS

Un Senador de los Estados Unidos, después de hacer investigaciones minuciosas, declara que el 99 por ciento de la riqueza de aquella nación está en manos del uno por ciento de la población. No creemos que esta estadística sea del todo exacta; sin embargo y sin importarnos en qué país estamos, debe hacernos detener y meditar sobre el rumbo que llevamos. Esta era la condición predominante de la antigua Roma antes de que ese gran Imperio mundial se desmoronase. Una situación parecida existe hoy día en muchos países. Siete hombres son dueños de la mayor parte de Londres y a cuatrocientos hombres les pertenece medio Inglaterra.

Es difícil darnos cuenta de la gran riqueza de algu-

nos hombres de nuestra época. De Henry Ford por ejemplo, quien hace treinta y dos años estaba poco menos que en la miseria, se dice que hoy sus negocios se pueden capitalizar en dos mil doscientos millones de dólares. Casi no podemos comprender el significado de esa enorme suma. Si Adán, quien vivió hace unos 6.000 años, viviera aún y hubiera economizado \$ 500 00 diarios o sean \$ 180.000.00 anuales, durante los seis mil años de su vida habría capitalizado un mil ochenta millones de dólares, poco menos que la mitad de la fortuna de Henry Ford.

Estamos viviendo en una época de máquinas de todas descripciones. Estas tienen por objeto, sin duda, facilitar la labor del obrero, pero en realidad, ¿qué es lo que hacen? Echan de sus empleos a hombres y mujeres por millares. Una nueva máquina hace un millón de tacones de goma al día, a un costo de mano de obra de un centavo por cada cien pares; los mismos que el público paga a razón de cincuenta centavos el par. Este trabajo sólo requiere el tiempo de ocho hombres, mientras que hasta hace pocos meses se empleaban quinientos hombres para hacer el mismo trabajo. Sin embargo, los tacones de goma no han bajado de precio y 492 hombres se hallan sin trabajo debido al empleo de esa máquina... Una orquesta sinfónica, por medio del radio, divierte a millones de personas con la mejor música, y por consiguiente, hoy miles de hábiles músicos se hallan cesantes. Estas condiciones, a la verdad no anuncian a la civilización moderna un porvenir risueño.

H. L. Wood.

DE ORDEN MORAL

El buen ciudadano es benévolo.

En nuestro país tienen que vivir reunidas personas que son de diferente raza, creencia y condición. Somos diferentes los unos de los otros desde muchos puntos de vista; pero no formamos más que un solo y grande pueblo. Todo acto de malevolencia perjudica a la comunidad. Todo acto de benevolencia le es favorable.

Por esta razón:

Yo seré siempre benévolo en pensamiento. No experimentaré jamás despecho alguno, ni abrigaré ningún rencor. No me creeré superior a otros muchachos por el hecho de ser de raza o posición diferente.

No menospreciaré jamás a nadie.

Seré siempre benévolo en palabras. No criticaré, no hablaré de nadie con malevolencia. Las palabras hieren o confortan: yo seré el que conforta.

Seré siempre benévolo en acción. No insistiré nunca egoístamente para que los demás se sometan a mi parecer. Seré siempre cortés. Las personas groseras no son buenos ciudadanos. Procuraré evitar todo acto de crueldad, y ofreceré toda mi ayuda, sobre todo a los que más la necesiten.

W. J. HUTCHINS

LA VIDA DE UN PEON

¡Anselmo, Anselmo!

¡Qué!

El gallo canta; ya es de día.

Perezosamente, el hombre levanta la vista hacia un agujero del techo de tejas por donde penetra una tenue luz.

Ya la mujer está en pie y devotamente murmura una oración.

Pronto el ruido de un cuchillo suena rajando una astilla para encender el fuego.

En la máquina, que pagando un colón por semana ha logrado comprar, muele el hombre el maíz.

El fuego chisporrotea alegremente y la mujer palmea dos ricas tortillas con sal que son más deliciosas que el más sabroso de los queques.

Y felices toman juntos un buen jarro de café negro, a las cinco de la mañana.

Afanosa la mujer sigue moliendo mientras su marido afila el machete, y dándole una palmada en la espalda le dice con cariño: «Hasta luego, vieja». «Dios te acompañe», le contesta ella y permanece mirándolo breves segundos mientras él salta de la tranquera a la calle.

¡Arriba chiquillos, ya son las seis! Y una runfla de niños, ya vestidos, pues así duermen, van llegando a la cocina y se sientan sobre una tabla puesta sobre dos piedras. Sin lavarse, toman agua dulce con su tortillita que les sabe a gloria.

Los mayorcitos se van al río a lavarse la cara, manos y pies y luego de peinarse bien, se marchan a la escuela, que a veces les queda a una hora de distancia. En un bulto que su mamá les ha forjado de retazos, acomodan los útiles y el almuercito envuelto en hojas.

El niño de seis años es el encargado de llevar el almuerzo a su padre.

No bien despacha el almuerzo, aquella mujer infatigable, toma su batea llena de ropa, muchas veces ajena para ayudar a su marido a vestir los niños, la pone sobre su cabeza y con la enagua cubierta con el delantal de mezclilla, hecho de retazos de pantalones viejos, se dirige al río. Antes de partir acaricia a los menorcitos, que generalmente se quedan llorando, y les encarga que no se muevan del corredor.

A las nueve llega el chiquillo con el almuerzo para el peón. Hay que ver a aquel hombre sudoroso dejar el machete, sentarse a la sombra de un árbol y desenvolver su «gallo», seis tortillas y unos frijoles majados adornados con culantro.

¡Con qué apetito engulle los bocados que baja con su botella de agua dulce! El niño es participado con media tortilla. El perrito (muy flaco) lo mira ansioso y él de vez en cuando le tira pedacitos de tortilla que el animal coge al vuelo, y en una hoja de plátano le da su poquito de agua dulce.

Apenas termina se levanta y dice al niño: «Ligerito pa la casa; cuidao con cachar naranjas, ni tirar piedras, ni pelear con naide».

Y sin reposar el almuerzo, se dobla a su tarea, pues los patrones se enojan cuando el peón descansa un poco.

A medio día los gallos cantan. El hombre se detiene en su labor, levanta la vista y poniéndose la mano sobre la frente mira a medio cielo, se fija a ver si viene el patrón y lentamente prosigue su trabajo. Cuántas veces

tiene que esperar media hora antes de oír la voz del patrón que con disgusto le dice «Son las doce».

Limpia su machete con una paleta de madera u hojalata, corta un pequeño racimo de plátanos, junta una carguita de leña (desperdicios) y cansado, pero feliz, vuelve a su hogar.

Los niños gritan: «Hay viene tata». Y todos salen corriendo hasta la tranquera a recibirlo.

Desde la calle se siente el rico aroma del café que la mujer prepara. El pan es reemplazado por dos plátanos maduros asados en las brasas. Allí entre sorbo y sorbo, se cuentan todo lo que les ha pasado en sus ocho horas de ausencia.

Por ahí de las dos regresan los escolares hechos un «pirris» de agua. Se quitan la ropa y la ponen en un mecate en el corredor.

Ya es hora de comer. Una olla de frijoles con plátanos. Esto sí que es una delicia. ¡Con qué gana se sientan con su taza humeante en el regazo y su buen jarro de agua dulce!

La mujer se ocupa en la tarde en remendar, asear la cabeza y pies de los niños, cocer maíz y tostar café.

El hombre va a trabajar en un pedacito de terreno alquilado; o desgrana maíz, pila café, avienta frijoles y otros quehaceres que no faltan.

A las seis los niños rezan la Doctrina y los esposos, el Rosario.

Toman luego agua dulce con tortilla y muy satisfechos se tumban en una tabla o un camastro hecho de varillas sin más colchón ni más nada.

Como una gran cosa, algunos usan una estera, hecha de venas de plátano y una cobija de tres colones.

Y a los diez minutos, por ahí de las siete de la noche, no se oye más que el ronquido de aquellos seres tan felices en medio de tanta pobreza.

LA PRINCESA QUE NO SE REIA NUNCA

Hace tiempo había un leñador que tenía tres hijos. Estaba muy orgulloso de sus dos hijos mayores, pero creía que el más pequeño era un tonto.

Un día el mayor de sus hijos salió a cortar leña al bosque. Su madre le dió unas deliciosas tortas para el almuerzo.

No había andado mucho cuando se encontró a un hombre muy pequeñito que le dijo: —Buenos días, amigo. Veo que tienes bastante para comer. ¿Me quieres dar un poquito?

—De ninguna manera—contestó el hijo mayor,— puede que no tenga suficiente para mí.—Y siguió su camino, dejando al hombrecito detrás. Comenzó su trabajo; pero al primer golpe de hacha se cortó un brazo.

Al día siguiente el hijo segundo se dispuso a ir al bosque y su madre le dió un rico bizcocho para el almuerzo. En el bosque se encontró con el mismo hombre que le pidió un pedazo de bizcocho.

—No,—exclamó el hijo segundo,— puede que no tenga suficiente para mí.—Y dándole la espalda comenzó a derribar un árbol. Al primer golpe se dió tan fuerte en una pierna que se hizo una gran herida.

A la mañana siguiente el hijo más pequeño dijo a su padre: no tenemos leña para el fuego, y mis dos hermanos se han cortado al tratar de conseguirla. Permítame que coja un hacha y veré si yo tengo mejor suerte.

—¡Tú!—exclamó el padre,—tú no sabes nada de cortar árboles.

—Déjame que trate,—replicó el muchacho, con tanto interés, que por último el padre consintió. Su madre le preparó un pequeño bizcocho para el almuerzo, y el muchacho emprendió su marcha.

Una vez en el bosque se encontró al mismo hombrecito, quien le dijo:—Tengo mucha hambre. Dame un pedazo de tu bizcocho.

—Con mucho gusto,—dijo el muchacho.—El bizcocho no es muy bueno, pero me será grato que tú también comas de él.—Se sentaron juntos y grande fué la sorpresa del muchacho al ver que el bizcocho que tenía en la canasta era muy grande y sabroso.

Cuando se lo hubieron comido todo, el hombrecito dijo:—Tienes muy buen corazón y debes ser recompensado. Corta ese árbol y entre sus raíces encontrarás algo que te gustará tener.

Desapareció el hombrecito y el muchacho tomó el hacha y cortó el árbol. Entre sus raíces encontró un ganso con plumaje de oro. Lo cogió y se dirigió a una posada. El dueño tenía tres hijas, y cuando éstas vieron el ganso lo quisieron para ellas. A media noche, la mayor de las hijas se levantó y se dirigió hacia el cuarto donde estaba el ganso, y se dijo:

—Por lo menos tomaré una pluma de oro.

Pero tan pronto como tocó el ganso se le quedó la mano completamente pegada y no pudo retirarse de allí.

Poco después la hija segunda vino también al cuarto y al ver a su hermana gritó:—¡Qué codiciosa eres; querías todas las plumas para tí!—Pero cuando trató de despegarla del ganso se quedó ella también unida a su hermana y tampoco pudo retirarse de allí.

Entonces vino la hermana menor y al ver a sus dos hermanas juntas se incomodó mucho ya que ella también quería poseer algunas de las plumas de oro. Se agarró a su hermana segunda y tiró de ella, pero en el momento se quedó adherida al grupo. En esa posición tuvieron que permanecer toda la noche.

Por la mañana temprano el muchacho tomó el ganso bajo el brazo y salió de la posada. Las tres hijas del posadero se vieron obligadas a seguirle, pues sus manos estaban completamente pegadas.

No habían andado mucho cuando dos hombres le gritaron al muchacho:—¡Detente! ¡Dales libertad a esas tres doncellas!—Pero como el muchacho no contestara se agarraron ellos a las muchachas y trataron de despegarlas. Al momento se quedaron ellos también unidos. Y se vieron obligados a seguirlas.

Encontraron a muchos otros en el camino que intentaron ayudarlos, pero les sucedió lo mismo. Por último la línea de mujeres y de hombres que seguían al ganso de oro era muy larga y estaban todos unidos, como si los hubiesen pegado con cola. El espectáculo era en extremo gracioso.

Así llegaron a una gran ciudad en la que vivía el rey más poderoso de la tierra. Este rey tenía una hija que era tan desgraciada que nunca había reído. Todo

el día se lo pasaba sentada junto a la ventana, mirando tristemente hacia afuera.

Por último su padre se preocupó tanto que mandó a pregonar por las calles que cualquiera que hiciera reír a la princesa podía casarse con ella.

Sucedió que la princesa estaba sentada junto a su ventana cuando pasó por la calle el muchacho con su ganso de oro. Cuando vió la princesa la línea de hombres y mujeres que seguían y que trataban de soltarse sin poder, estuvo riéndose hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas. En seguida su doncella corrió al rey a notificarle las nuevas. El rey estaba tan contento que envió a sus criados a que trajesen al muchacho a su presencia. Entró el muchacho con su ganso de oro, y muy pronto se celebraron las bodas. El hombrecito vino a las bodas y separó al ganso y a los que se le habían pegado.

De esta manera el hijo menor del leñador llegó a ser un gran príncipe y vivió poderoso y contento el resto de su vida.

LA PALABRA Y LA ESCRITURA

¡La palabra! El don maravilloso del hombre que le coloca por encima de los demás seres de la Creación.

A la palabra debemos todos nuestros conocimientos, toda nuestra perfección moral y material. Gracias a ella podemos nombrar cuantas cosas el Universo encierra; comunicamos nuestros conocimientos, nuestras alegrías y nuestros sinsabores.

Merced al don portentoso de la palabra, fiel intérprete del pensamiento, el hombre ha podido escribir su historia, anotar sus descubrimientos y entregarse al estudio de las ciencias.

Mas, a la maravilla de la palabra hablada, hay que añadir la de la palabra escrita.

Antes de conocer el alfabeto, los hombres representaban las palabras por medio de dibujos llamados jero-glíficos, que pintaban o grababan en las piedras; después de varias tentativas, inventaron un signo para cada

palabra, como los chinos usan todavía en la escritura, y por fin nació el alfabeto, atribuido a un griego llamado Cadmo.

Los griegos y los romanos fueron los que introdujeron en Europa la escritura.

Los romanos escribían sobre tablillas de madera cubiertas por una capa de cera, usando para ello un punzón llamado estilo. Después conocieron el pergamino, membrana blanca sacada del cordero, que luego curtían, y que fué usado durante la Edad Antigua y la Media. Sobre el pergamino se escribía con plumas de aves, que han sido sustituidas por nuestras plumillas de acero.

El papiro o sea el primer papel que se conoció, era una pasta preparada con las fibras de un vegetal del mismo nombre, abundante en Oriente.

Al papiro siguió el papel elaborado con pasta de trapos viejos, del cual se hace aún grande uso; si los trapos son de hilo, el papel tiene mucha más estima.

El héroe de la palabra fué el inventor de la imprenta, el sabio Gutemberg, alemán que vivió en el siglo xv y halló la manera de multiplicarla extraordinariamente.

Gutemberg en vista de que los libros tenían que ser escritos a mano y costaban un sentido, buscó la manera de imprimirlos, valiéndose de moldes, y después de muchos ensayos, logró inventar la letra de imprenta, de metal fundido.

¡Niños impetuosos, niñas descuidadas que tratáis mal los libros, que los rasgáis, que los rompéis! ¡Cómo os envidiarían los niños de los pueblos antiguos, cuando os vieran leerlos con soltura, ellos que jamás conocieron el alfabeto! ¡Ellos que nada sabían de la palabra escrita!

¡Con qué afán, con qué interés guardarían vuestros libros!

Hagamos siempre buen uso de la palabra; sirvámonos de ella para elevar a Dios nuestras plegarias.

No hagáis uso de la palabra para mentir.

Y ¿no sabéis cuál ha sido la última, la más sorprendente victoria de la palabra? El telégrafo y el teléfono sin hilos, gracias a los cuales al remontarse como un pájaro en el espacio y ser conducida por las ondas del aire, va

a parar a unos aparatos que la reciben y la fijan, o la reproducen fielmente, como sucede con la radiotelefonía, que se ha hecho tan popular.

Este portentoso invento es debido a un sabio cuyo nombre quiero que recordéis: Marconi.

HABITACIONES

Cuando escojamos una habitación, debemos buscar sobre todo, buenas condiciones de aire, luz y ausencia de humedad.

Conviene evitar la exposición al Norte que nos privaría de los benéficos rayos del sol. La exposición al mediodía tiene sus inconvenientes y sus ventajas. En verano esta exposición es muy cálida, pero en invierno nos hace aprovechar del menor rayo de sol. En Francia, los vientos del Oeste traen siempre un aire húmedo; la exposición más sana es, pues, la de Levante o la de Suroeste,

El sol no es sólo benéfico por su calor, sino también por su luz vivificadora, pues el hombre, como las plantas, se agosta en la oscuridad por más que se alimente substanciosamente y haga el más fortificante ejercicio. Multipliquemos, pues, las aberturas de nuestras habitaciones y busquemos sobre todo una disposición que permita una fácil ventilación; las habitaciones que no tienen aberturas más que de un solo lado, presentan una mala disposición, como también aquellas cuyas ventanas son poco elevadas.

Los que habitan las grandes ciudades deben preferir los barrios donde haya jardines, y grandes árboles, a causa de la acción purificante que ejercen los vegetales sobre la atmósfera.

Conviene evitar la vecindad de los parajes donde haya en gran cantidad materias orgánicas en descomposición, tales como cementerios, mataderos, muladares, depósitos de abonos animales, pantanos, etc. En el campo es bueno alejar de las habitaciones los estercoleros, corrales, aguas cenegosas, conejeras, porque así nos exponemos a contraer calenturas perniciosas o enferme-

dades epidémicas. La proximidad de las cervecerías, refinerías, lagares, etc., no deja de tener inconvenientes sobre todo para las personas de delicada salud.

Crear que las habitaciones de un establo o cuadras son buenas para las personas enfermas del pecho, es una preocupación que la experiencia médica condena. El desaseo, el vivir con animales en piezas mal ventiladas y húmedas, son siempre condiciones higiénicas deplorables. Los padres que envían a criar sus hijos al campo y cuyas nodrizas viven en chozas o habitaciones sucias, como establos, cuadras o junto a estercoleros, se engañan completamente con perjuicio de las pobres criaturas a quienes un aire puro fortificaría y robustecería la salud.

LOS AEROPLANOS

En su afán de dominio sobre la naturaleza, el hombre ha ido conquistando poco a poco sus distintos componentes.

De los cuatro elementos de que está formado el Universo ha sometido a su poder tres, que son: el agua, el fuego y la tierra; pero le faltaba conquistar el aire y ya está a punto de ser dueño y señor de él.

Y así como para construir sus barcos y submarinos estudió atentamente a los peces, fijó su vista en las aves cuando quiso, como ellas, volar.

Las tentativas para elevarse en el aire datan de hace miles de años, pues en pinturas egipcias aparecen hombres con alas, y está probado que los indios también tuvieron esos propósitos.

Sin embargo, hay que llegar al siglo xv para encontrar los orígenes científicos del aeroplano. A Leonardo de Vinci, el gran pintor y físico italiano, es a quien se debe el invento de la hélice, esa especie de remo alabeado ligeramente por sus extremos, y que merced a su rápido movimiento de giro hace correr a gran velocidad al aeroplano hasta llegar el instante en que, aún siendo un aparato más pesado que el aire, se levanta del suelo y sigue elevándose majestuosamente en la atmósfera.

La parte fundamental del aeroplano es la hélice, y

cuando modernamente se principiaron a hacer pruebas por distintos inventores y experimentadores, los esfuerzos de todos se encaminaron a encontrar un motor suficientemente poderoso para hacer girar la hélice con enorme velocidad.

Y hoy día son muy variados los modelos de motores de explosión, con gasolina, que se utilizan.

El aviador que dirige el aparato maneja un volante como el del automóvil, y con unas palancas imprime movimientos adecuados a los timones llamados de profundidad y de cambio de dirección, que sirven para elevar o hacer virar el aeroplano.

SABER BEBER

El agua es el primero de nuestros alimentos, como que forma en peso el noventa y dos por ciento de nuestro organismo. El beber agua es una necesidad fisiológica que desempeña el más importante papel en la economía animal. La sangre que circula por nuestras venas pierde constantemente por la transpiración una parte del agua que contiene y los riñones, por su parte, hacen eliminar una cantidad considerable del líquido, siendo necesario sustituirlo para facilitar el buen funcionamiento de los órganos de la circulación y de la eliminación.

Bebamos, pues, agua en cantidad suficiente, si es que queremos conservar el equilibrio fisiológico; pero hagamos que el agua sea potable, fresca y de buena calidad. El agua es a veces la mejor medicina para una persona que está enferma, y los médicos aconsejan muchas veces como tratamiento la dieta de este líquido, llamada dieta hídrica.

El agua de la cañería no siempre es potable, a pesar de venir de fuentes que parecen puras; si estuviéramos en el caso de tener que beber aguas visiblemente malas, filtrémoslas o mezclémoslas con vino o jugo de limón. Hervidas pierden las aguas algunos de sus principios saludables y destiladas están desprovistas de sales y son poco oxigenadas. En todo caso, el agua es preferi-

ble a las bebidas alcohólicas o fermentadas, como la cerveza, el vino, las sidras o chichas de granos. Los licores que por un error se dice que quitan la sed y sirven para calentar el cuerpo, no producen ni lo uno ni lo otro, y antes por el contrario, inducen a la embriaguez y al alcoholismo, con todo el cortejo de males que trae consigo la intoxicación por el alcohol.

El uso de la leche fresca suple con ventaja el de las bebidas espirituosas y tiene propiedades alimenticias que no se encuentran en los líquidos naturales hasta ahora conocidos. El régimen lácteo no solamente es el más adecuado para los niños en la primera edad, sino que, como régimen dietético, es el que más conviene a los enfermos durante el tratamiento de la mayor parte de las enfermedades, especialmente si éstas son del tubo digestivo, con la ventaja que es un alimento completo.

ELÍAS LEIVA Q.

LA TISIS

La tisis es una de las enfermedades más terribles. Su causa es el bacilo de Koch, vegetal microscópico, que pudre los pulmones.

De cada diez personas que viven en las ciudades, dos son tuberculosas; de cada diez del campo, lo es una. La tercera parte de las defunciones ordinarias, las motiva la tuberculosis.

Hay tisis ósea, de la laringe, de las meninges, de los ganglios (escrófula), pulmonar, que es la más conocida, e intestinal. Ofrece tres períodos o grados de gravedad.

La tisis no se propaga por conducto del aire que respiramos, sino por otros tres medios: por los esputos (expectoraciones) del enfermo, que, una vez secos y convertidos en polvillo, pueden flotar en la atmósfera y ser respirados; por la leche de vaca y sus compuestos: queso, mantequilla, etc., animales de los cuales, al menos una tercera parte son tuberculosos y por herencia de padres tísicos; si bien no se hereda el microbio, sino la predisposición raquílica, único terreno abonado para

su desarrollo. Los terrenos húmedos conservan más los esputos y sus microbios.

El tuberculoso debe escupir en escupidera en que haya agua abundante o en un pañuelo especialmente dedicado a este uso; nunca en escupideras secas o que contengan simplemente serrín. Escupidera y pañuelos se hervirán diariamente diez minutos.

No tomar nunca leche de vaca sin hervirla. En los hijos de padres tísicos, se deberá contrarrestar la grave predisposición con medidas higiénicas fortificantes, exquisita limpieza, gimnasia respiratoria, excursiones, etc.

Se hace una ruda guerra al esputo de los dañados y, por tanto, al vicio de escupir en tierra. «No escupir en el suelo», se lee ya en todos los vehículos, calles y centros de los países civilizados. Es una sabia medida, pero sus efectos son limitados. Contra la tisis no hay más remedio preventivo que la fortaleza y resistencia físicas, la vitalidad orgánica.

La tisis se presenta a menudo con tos débil, pero persistente y esputos sanguinolentos. Estos dos síntomas, sin embargo, por sí solos, no indican nada: con ellos puede haber tisis o no haberla. En cambio, puede haberla sin tos ni sangre visible. El único medio infalible de cerciorarse es haciendo examinar el esputo al microscopio.

Conviene al tuberculoso: clima templado, situación elevada, de 500 a 2.000 metros, continuos baños de sol de 6 a 12 horas diarias, relativa inmovilidad, no cansarse ni sudar, tomar comida apetitosa y variada y un poco de vino espumoso. Se recomiendan los ajos y el pan de gluten.

Estas medidas, así como el régimen a que debe sujetarse el enfermo, requieren sanatorios especiales, donde se puedan alojar los enfermos y puedan ser tratados por médicos especialistas.

Aspirando humo de hojas de belladona (planta muy venenosa), se atajan a veces las hemorragias pulmonares.

EL MANANTIAL

En un caluroso día de verano, tres viajeros se reunieron junto a un fresco manantial.

Este se encontraba al lado del camino, rodeándole algunos árboles y un fino tapiz de húmedo césped. El agua, pura como una lágrima, caía en recipiente natural hecho en una piedra, y luego se vertía para esparcirse en la llanura.

Descansaron los viajeros a la sombra de los árboles y bebieron agua del manantial. Después observaron una piedra lisa en la cual aparecía grabada la siguiente frase:

“Pareceos a este manantial”.

Leyeron la inscripción los peregrinos y unos a otros se preguntaron su significado.

—Excelente el consejo—declaró uno de ellos que era comerciante.—El arroyo corre sin cesar, va lejos, recibe agua de otros y se convierte en un gran río. Eso mismo ha de hacer el hombre cuidando de sus propios asuntos, porque así puede adquirir innumerables riquezas.

—No-dijo el segundo viajero que era un joven,—a mi entender, esas palabras significan que el hombre debe preservar su alma de los malos instintos, de los malos deseos; su alma debe ser tan pura como el agua de este manantial.

El tercer viajero, que era un anciano, sonrió entonces y dijo:

—Este joven tiene razón. El manantial, dando de beber a los sedientos, dice al hombre que practique el bien y que lo practique sin esperar recompensa ni agradecimiento.

TERRIBLE CASTIGO DE UN LADRONZUELO

Cierto muchacho, empleado en una fábrica robó varios pedazos de cal viva, guardándoselos en el pecho para que nadie lo advirtiese. Marchaba muy confiado hacia su casa, cuando en el camino se encontró con un amigo que llevaba de la brida a un caballo, al que iba

a dar de beber en un río vecino, y se le ocurrió montarse sobre el animal, para acompañar más cómodamente a su amigo al abrevadero.

El caballo, después de beber, se internó en el río para bañarse; y desprevenido el muchacho, vióse de pronto cubierto de agua hasta la cintura, comenzando a sentir en el cuerpo una horrible quemazón que crecía por momentos. La pobre víctima ignoraba que aquel ardor procedía de la elevada temperatura desarrollada por la cal viva en contacto con el agua.

Con la fuerza del dolor el muchacho se lanzó al río con ánimo de ganar la orilla, pero con esto se aumentó el tormento que experimentaba y se hizo tan fuerte, que paralizando los miembros del nadador, le dejó flotando en medio de la corriente.

La cal seguía haciendo hervir el agua alrededor, no tardando en desgarrarle el vientre; siendo lo más triste que el compañero que estaba a la orilla sin poder explicarse a qué obedecía tan inesperado suceso, hasta casi tomaba a risa las contorsiones de su amigo. Cuando logró sacarle del agua, estaba ya horribilmente desfigurado y no tardó en morir, víctima de aquel robo de poca importancia, que al fin y al cabo no dejaba de ser una acción reprobable.

EL JARRON ROTO

En la estancia, esparcidos están los fragmentos del jarrón que se rompió. En un instante desapareció una obra que fué cristalización de muchos días de trabajo y quizá de la concentración de un espíritu. Era un jarrón de frágil porcelana con preciosos dibujos chinescos, que un día surgió entre las manos del artífice como delicada flor, destinada a cruzar los hondos mares y traernos el raro perfume del oriente misterioso.

Se ha roto el jarrón que hace unos minutos ostentaba su opulencia de obra asiática. Siempre me parecía ver salir de su interior un humo azulino en sutiles espirales, que iban tejiendo realidades del oriente; toda esa realidad fastuosa, al pensarla desde lejos, nos parece fantasía:

los polícromos faroles abiertos en la noche, como frutos de luz; los temblorosos jardines de exóticas flores y de árboles diminutos que parecen un artificio de la jardinería.

Los muelles cojines, en que adormecen sus ensueños las orientales de pequeñas y ardorosas pupilas. Los amplios kimonos reproduciendo lo mejor de la flora y la fauna. Los biombos de raros paisajes, cruzados por dragones. Y en los jarrones, de delicada porcelana, abiertos los grandes crisantemos, el oro pálido de las rosas té, y los albos y simbólicos lotos de místico aroma. El té humeante y el opio que enerva, y la indolencia agradable del ambiente. ¡Todo aquello que es como un perfume incitante, como una poción narcótica, como una flor de beleño!

CLARA DIANA

SANDINO

El mancebo se irguió, como un penacho,
en la sién de la América, dormida.
Se hartó de luz hasta quedar borracho
de libertad, de ensueños y de vida.

En el llano, en la selva, en el picacho
blandió su espada, requirió su egida
y con mente de viejo, aquel muchacho
preparó y dirigió su acometida...

La tarde lo miró sobre la sierra,
oyó su grito y a su voz de ¡guerra!
por el Ande corrió temblor de asombros.

Para llevar al héroe, en la campaña,
se transformó en litera la montaña
y al bosque mismo le nacieron hombros.

CARLOMAGNO ARAYA

LA INUNDACION DE LAS CATARATAS DE LINTON

Engrosado el río Wharfe, en Inglaterra, por las continuas lluvias, con el doble de su caudal ordinario, corría impetuoso por entre sus orillas, produciendo un ruido ensordecedor. Ya no era, al llegar a Skipton, aquel río manso, tranquilo de siempre, sino un torrente salvaje, devastador, majestuoso en la apariencia y peligroso en extremo para todo aquél que intentara ponerse al alcance de su impetuosa corriente.

Descuidados en todo y no pensando más que en jugar estaban los muchachos divirtiéndose en la orilla. Sus risotadas hendían el aire de vez en cuando, al caer uno encima del otro, para volver luego a levantarse y comenzar de nuevo su juego.

Súbitamente uno de ellos, de cinco años tan sólo, resbala y cae en el torrente, desapareciendo en un momento arrastrado río abajo con rapidez vertiginosa.

Los alaridos de sus compañeros llamaron la atención de Catalina Verity, muchacha del cercano molino, quien al oírlos, arrojó lejos de sí el libro en que leía y corrió a enterarse de lo que pasaba. Una sola ojeada bastó para que lo adivinara todo. En un instante resolvió lo que debía hacer. Arrojarle al río sin más ni más, era inútil, porque con el tiempo transcurrido, aunque breve, el niño estaría a más de cien metros de aquel sitio. Echó a correr la animosa muchacha con la rapidez del rayo por la orilla, río abajo, en busca del pobre niño que estaría ahogándose. Al llegar a unos doce metros sobre el nivel de las terribles cataratas de Linton lo alcanzó. Poco metros más de recorrido, y nada en el mundo hubiera podido impedir que el niño fuese precipitado en medio de aquel terrible torbellino, cuyas espumosas aguas iban a estrellarse en las puntiagudas rocas inferiores.

La muchacha no vaciló un instante. Arrojóse a la impetuosa corriente, y cogió al muchacho en el momento de ser arrastrado hacia abajo.

Signióse luego una lucha desesperada, tremenda. La fuerza del agua parecía irresistible.

La muchacha sabía, no obstante, lo que había de hacer: colocó al muchacho en sus hombros y comenzó a nadar; reteníala la corriente y no podía en el primer momento adelantar ni un paso; pero como no tenía prisa ni conocía el miedo, su braceo siempre firme no cedió jamás a ninguno de estos dos sentimientos, y poco a poco, de centímetro en centímetro, como si dijéramos, fué abriéndose paso hasta la orilla. Más de una vez arrastróla la corriente contra una roca y su muerte parecía inevitable, pero sabía sortear el peligro con su serenidad, y nadando, nadando despacio, llegó lo suficiente cerca de la orilla para que alguien la sacara del agua, ensangrentada y casi desvanecida, pero sujetando fuertemente al niño salvado por ella.

Por esta heroica acción, cuyo feliz resultado fué la salvación de aquel niño, el gobierno concedió una medalla de bronce a la animosa muchacha yorquina, llamada Catalina Verity.

BLASON

Ha muchos años que el metal ardía
en el crisol candente de la fama,
y ha mucho tiempo que tu nombre aclama,
la enhiesta cumbre de la patria mía.

Con santo anhelo y con tenaz porfía
difundió las auroras de su llama
aquel cerebro que la ciencia inflama
en incendios de noble rebeldía.

Nace hoy su bronce consagrado y fuerte
al mundo de la gloria y de la idea
desafiando el olvido de la muerte.

No muere quien audaz blandió la tea,
y fulminando el dogmatismo inerte,
un sol radiante en la conciencia crea.

JENARO CARDONA

MAGALLANES

Nadie ignora, que el descubrimiento de la América fué debido al deseo de encontrar un pasaje por mar a esa India cuyas inagotables riquezas, codiciaban las naciones europeas. Los españoles no quedaron satisfechos con haber hallado un nuevo mundo, perdido hasta entonces en medio de la inmensidad de las aguas. Continuaron agitados siempre por el pensamiento de encontrar al Occidente el paso deseado.

Cuando se habían hecho varias tentativas infructuosas o desgraciadas, apareció en la corte de Castilla, Hernando de Magallanes, ilustre marino y guerrero lusitano, que como pocos había dado a su patria gloria y riquezas en Asia, pero que, resentido por una ingratitude de su soberano, se había desnaturalizado. No sólo salió de su patria, sino que renunció a ella y fué a ofrecer a España, nación rival, el descubrimiento de esa comunicación entre dos mares que los españoles tanto deseaban encontrar, y que tanto habían buscado. Sin embargo, a pesar de lo halagüeño de la proposición, necesitó superar grandes dificultades antes de que se le proporcionaran los cinco buques y los doscientos treinta individuos con que se hizo a la vela para ir a cumplir su promesa; el 6 de noviembre de 1520, embocó por el estrecho que ha inmortalizado su nombre; llamó «Tierra de los Patagones o Patagonia», la que tenía a la derecha, y «Tierra de Fuego», la que tenía a la izquierda.

La tradición ha cuidado de conservar el origen de tales denominaciones. El primer indígena que los españoles vieron antes de descubrir el estrecho, fué a lo que refieren, un gigante a cuya cintura llegaban ellos apenas. Aquel salvaje deforme iba cubierto con la piel de un animal y llevaba los pies calzados con la extremidad de ella, como en pantuflas, así es que parecía tener grandes pata de bestia, lo que fué causa de que Magallanes dijese que era «patagón o patón». Después siguieron observando que los indígenas de aquel país medían de 12 a 13 palmos de alto, e hicieron extensivos a todos el apodo que su general había dado al primero.

«Tierra de Fuego», debió su nombre a muchos fue-

gos que aquellos intrépidos navegantes percibieron en ella, durante la noche.

El 28 de noviembre de 1520, navegaron a velas desplegadas por el espacioso mar del Sur, que denominaron Pacífico, porque el tiempo era, constantemente favorable.

SEMBRADOR

He vuelto a la sedienta tierra mía. Vuelvo a los inexplorados e incultos campos de mi apartada tierra, con nuevas fuerzas y mejor simiente. Vuelvo con la mano cuajada de semillas para sembrar en el surco que abre el arado del espíritu. Vuelvo a mi inculta tierra, convencido siempre de que a mis hermanos les hace falta el sembrador bueno. Vuelvo, peregrino de ensueños, como buen sembrador. Gente guanacasteca, gente abierta y franca, cariñosa y dócil, hasta ti vuelvo ahora, como buen sembrador.

¿Sembradores?... ¿Dónde hay más sembradores?... Ya los surcos están abiertos, sólo falta la semilla, y acción. ¡Oh sembrador hermano! ¿En dónde te hallaré? Trae, sembrador hermano, buen sembrador amigo, la más buena simiente del progreso y del bien. Sembrador de mi tierra: ten fe en la franqueza de mi hermosa hermandad y tira la simiente con dulzura y amor, y planta y cuida ese árbol que es propio y que es de todos y que de nadie es. ¡Oh sembrador hermano, llega tú a mi reclamo!...

¡Qué santa misión! Planta, oh sembrador hermano, oh sembrador genuino, el árbol de tu espíritu en la parcela impropia, y que crezca fecundo. ¡Oh, qué santa misión!

Dadle fuerzas... ¡Dadle fuerzas a ese árbol, dadle vida sencilla, oh sembrador hermano, por ser el hijo de tu ensueño tenaz! Árbol que sea progreso; árbol que sea luz; árbol que sea esplendor de belleza y amor; árbol que sea de todos y que para todos sea, ¡oh sembrador hermano!...

MARCELINO CANALES G.

TU ERES EL ARBOL

Tú eres el árbol que en los caminos
brindas tu sombra como un consuelo,
y oyes las aves lanzando trinos
y el canto alegre del arroyuelo.

Tú eres el árbol fuerte y tranquilo
que para todos tienes amores:
al caminante le das asilo
y leña seca a los labradores.

Tú eres el árbol bello y hermoso
que te levantas como un coloso
con tus ramajes de majestad;

y en las montañas o en la llanura
brindas encantos a la natura
y desafías la tempestad.

ABEL RODRÍGUEZ L.

EL CAUCHO

El caucho es un producto extraído de ciertas plantas. Son muchas las plantas que producen caucho, entre ellas varias hierbas y lianas; pero sólo algunas son explotables industrialmente, distinguiéndose entre todas la *Hevea* elástica.

Estas plantas producen una sabia lechosa o látex que contiene el caucho. Para recogerlo se practican en el tronco del árbol unas incisiones que penetran hasta el leño por las cuales se va escurriendo el látex que es recogido en un barreño.

La proporción de caucho es muy variable oscilando entre el 5 y el 50 por ciento. Después de escurrido el látex se hace pasar por un tamiz para separar muchas de las materias que lo impurifican.

En algunos sitios para coagular el caucho emplean un líquido obtenido desliendo en agua pedacitos de una

planta llamada achuca. Se mezcla este líquido con el látex y se forma una masa blanda que flota en un líquido pardo. Con esta masa se forman una especie de tortas aplanadas, blancas y elásticas. Colgadas en perchas tardan unos quince días en secarse, tomando un color obscuro.

En algunas explotaciones modernas en lugar de la achuca se usa el ácido acético, que es el ácido del vinagre, obteniéndose un efecto más rápido.

En la región del Amazonas los seringueiros coagulan el caucho valiéndose del humo. Para ello toman un palo con una espátula o platillo, lo embadurnan de arcilla, lo introducen en el látex y hacen secar la capa de caucho en una hoguera que dé mucho humo. Cuando está seca la primera capa lo introducen de nuevo en el látex, lo hacen secar otra vez y repiten estas operaciones hasta que se haya acumulado suficiente cantidad para desprenderla y formar una bolacha de caucho.

El caucho así obtenido es de excelente calidad.

En otros lugares se deja secar el látex al aire libre, pero resguardándolo de la acción directa del sol que lo descompondría. Así se obtiene un caucho negro y pegajoso. La industria del automóvil hace un consumo enorme de caucho para la producción de neumáticos. Para fabricarlos se extiende la tela que ha de servir de armazón al neumático, impregnándola de una disolución de caucho. Cuando está seca la disolución se corta la tela engomada y se cubren con una capa de caucho, procurando que la masa quede homogénea.

Luego se vulcaniza cociéndolo en unas marmitas que contienen agua con mezcla de azufre para comunicarle dureza y elasticidad.

Así queda el neumático terminado; pero antes de darlo al comercio debe conservarse unos dos meses en sótanos especiales.

Muchos objetos de caucho blando o goma elástica, como pelotas, jeringas, muñecas, zapatos, etc., se fabrican con moldes apropiados. Como el caucho es un excelente aislador eléctrico, con él se cubren los hilos usa-

dos en las instalaciones eléctricas, telegráficas y telefónicas dentro de las poblaciones.

Para obtener el caucho duro se emplean grandes proporciones de azufre, llegando a veces hasta el cincuenta por ciento del peso total. Con este caucho vulcanizado duro se fabrican plumas estilográficas, auriculares, bocinas, rodillos de imprenta, peines, botones y otros muchos objetos.

También se usa el caucho en la fabricación de esponjas artificiales y tela para chubasqueros.

La producción de caucho es actualmente muy considerable y va aumentando en proporciones extraordinarias. Al empezar el presente siglo no se producían en todo el mundo más que unas cincuenta mil toneladas anuales y hoy pasan de quinientas mil. De modo que en treinta años ha aumentado la producción en la proporción enorme de mil por ciento.

Los países que mayor cantidad de caucho producen son las Indias holandesas (Sumatra, Java, Borneo), la Malasia inglesa, Indochina. Ceilán, Brasil, México y América Central. Pero cada día se van aclimatando a nuevos países plantas productoras de caucho con el fin de aumentar la cantidad de este utilísimo producto. Todos los países civilizados consumen grandes cantidades de caucho, principalmente Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia.

MIGUEL A. SALVATELLA

EL CARPINTERO

En los días pasados instalaron aquí, en la casa del periódico, un gran banco de carpintería y tuvimos por algún tiempo a los buenos carpinteros trabajando con sus martillos y sus garlopas; y yo no comprendí hasta entonces el espíritu sagrado y cordial de este arte bíblico de labrar la madera.

No hay entre todas las profesiones una que mejor acomode al hombre apacible, al Lombre evangélico y fraternal que desee deslizar su vida hacia la eternidad

sin zozobras ni saltos, sin grandes penas, su vida pálida envuelta en un perfume inefable de roble y de cedro.

Muchas veces me he puesto a pensar cómo es que Renán no fué carpintero; su filosofía discreta y ondulada, sin aristas ni púas hirientes, hubiera armonizado tan bien con el alma rústica de la madera, con el espíritu sutil y ligero de la viruta, con el ambiente religioso y aromado del humilde taller: ¡Y cuán grave y bello verlo así como yo me lo figuro, en mangas de camisa, con la ancha cabeza inclinada, solemne y sonriente, yendo y viniendo con mesura, la regla de pulgadas en la mano y el lápiz en la oreja, muy posesionado de sí mismo, muy metido en su oficio, lleno de amor a la tierra, de la alegría panteísta, cósmica, que pone en nosotros el contacto con la madera nueva.

La carpintería debe ser una disciplina excelente para modelar el alma en el ideal de perfección de Marco Aurelio: la serenidad. ¿No habéis sentido al penetrar en esos amables talleres una impresión tonificante de ecuanimidad, de felicidad sencilla? El maestro carpintero, severo y benévolo, se os acerca y os habla; notáis que posee en una forma recóndita y dilatada el sentido de la vida; porque él ha hecho sin duda una cuna y un ataúd, como ha hecho un lecho de bodas; y tiene presente a cada instante el principio y el fin; ata en cada instante los dos cabos de la existencia del hombre; esa visión completa de la vida se asienta en él y lo santifica.

Y sus manos gruesas infundirán también a los muebles esa débil alma callada, hermana del alma del hombre: ¿qué fuera de nosotros sin el buen carpintero que dá el lecho cordial que nos abraza y nos esconde, las sillas vigilantes que nos acompañan en la noche, el claro aguamanil desde cuya altura el espejo nos mira y nos anima, el escaparate familiar que apresa el perfume de la ropa limpia? ¿Qué fuera de nosotros dentro de la soledad abrumadora de nuestras casas, sin esos muebles vivos, fraternales, cuyo aliento cariñoso nos envuelve y acaricia, y espanta de los rincones y ahuyenta de las puertas abiertas los fantasmas y las inquietudes?

Buen carpintero: hacedme mi lecho de muerte en

esa madera sincera que lanza alegres virtutas a laire, porque quiero llegar al cielo como vos envuelto en el dulce perfume del cedro y del roble.

LUIS TEJADA

¿POR QUE CRUJEN LOS MUEBLES DURANTE LA NOCHE?

Confieso mis sustos. Muchas veces, desde mi cama, me ha sobresaltado el crujir de los muebles. Pero ahora, lo aseguro, no tengo miedo de esos crujidos. Ya sé el motivo de esos lamentos y he perdido el miedo. Todo—¿quién lo iba a imaginar?—, todo depende de la temperatura del aire. Es posible, casi seguro, que los muebles crujan también de día; pero durante el día hay mucho ruido en la casa y es imposible oír las quejas de una mesa o los lamentos de una silla. Es de noche, en el silencio de la noche, cuando nuestro oído puede percibir aquellos crujidos. Y todo, como he dicho antes, lo origina la temperatura del aire. De día el aire es más caliente, de noche, más frío. El calor del aire, como todo calor, dilata, estira o agranda los cuerpos. Aunque nosotros no lo percibimos, todo objeto puesto al calor aumenta de tamaño. Lo mismo le ocurre a la madera y por consiguiente, a los muebles que, como sabemos, son de madera. Durante el día el aire es más caliente, y esa temperatura del aire dilata o agranda un poquito, aunque nosotros no lo vemos, las patas y el tablero de la mesa, las sillas, los roperos, todo el mobiliario de la casa. Lo dilata un poquito, es verdad. Pero llega la noche. En la noche el aire se enfría y los muebles, por este motivo, vuelven a su tamaño primitivo, se contraen. Entonces se produce el ruido que tanto me asustaba antes. También puede influir en ese ruido la humedad. Al enfriarse el aire el vapor de agua no puede sostenerse y cae, se deposita en los muebles. ¡Oh!, ya he perdido el miedo. Ya pueden crujir la mesa, el ropero y las sillas en la seguridad de que no me asustarán nunca más.

PLANTAS QUE TOSEN

La respiración vegetal presenta propiedades muy curiosas.

A quien se diga que hay plantas que tosen, indudablemente creará que no es cierto; pero si hacemos observar que dicho fenómeno no es producido con espontaneidad propia, sino que, como todo efecto, es debido a la influencia de una causa, entonces la negación o duda se convertirá en afirmación.

Hay plantas cuyas hojas tienen multitud de bocas microscópicas, las que provistas de dos labios móviles, se abren o cierran merced al influjo que sobre ellas ejerce la salida de canalitos de vapor de agua, aire u otros gases producidos por las transformaciones químicas que ocasiona el crecimiento.

La planta llamada vulgarmente planta que tose y cuyo nombre botánico es el de *Entada Tassiens*, es indígena de los países tropicales.

Transportadas sus semillas que, como sabemos, son procedentes de regiones húmedas, a terrenos cálidos, ha ido extendiéndose con marcada preferencia en las vías férreas, donde soporta fácilmente las sequías.

Sin embargo, hay una cosa que esta planta no puede soportar, el polvo. Cuando los invisibles poros se obstruyen de polvo, los gases acumulados en los canalitos de las hojas acaban por salir, produciendo una diminuta explosión, que constituye una verdadera imitación de tos y un estornudo que se oye perfectamente; y lo más curioso del caso es que cuando se verifica este fenómeno, toda la planta toma un tinte rojizo, a semejanza de una persona atacada de un violento golpe de tos.

LA NATURALEZA Y SUS TRES REINOS

Si pasáis por un momento la mirada en torno vuestro, ¡qué de cosas veréis! ¡Y qué deseos sentiréis de saber algo de cada una de estas cosas!

La Naturaleza, la obra maravillosa de Dios, brilla

en torno nuestro con todos sus esplendores, y cuanto nos rodea, corresponde a ella.

Fijaos unos momentos en lo que divisáis a simple vista.

El cielo azul y los astros que por él circulan, las tierras y las aguas, las piedras y los metales, las plantas y los animales y aún la raza humana misma, pertenece a la Naturaleza.

El hombre ha dedicado largos años al estudio de cuanto veía a su alrededor y de este estudio constante y profundo ha nacido la división de los seres de la Naturaleza en tres reinos que son: Reino animal. Reino vegetal. Reino mineral.

El reino animal es vastísimo, puesto que comprende, como su mismo nombre indica, a todos los animales de la tierra, es decir, aquellos seres que viven, se mueven y están dotados de voluntad.

Abarca el reino vegetal cuantas plantas cubren la superficie del globo, desde el musgo diminuto a la altísima palmera; las plantas o vegetales también viven, pero no tienen voluntad alguna.

En cuanto al reino mineral, le corresponden aquellos seres que no disfrutan de vida ni de voluntad y que, por lo tanto, ni se alimentan, ni crecen, ni se desarrollan, ni se mueven.

Y ¿sabéis por qué viven los animales y las plantas? Porque son orgánicos, esto es: tienen órganos y aparatos adecuados para nutrirse, lo cual les hace crecer y desarrollarse.

En cuanto a los minerales, no tienen órgano alguno: por esto se les llama inorgánicos.

CUENTO INFANTIL

Eran, por los jardines y entre los surtidores las dos hermanas buenas como dos alegrías: la mayor, que cuidaba, con amor, de las flores, y la otra, la pequeña, de sus garrulerías

Una tarde, jugando como las mariposas,
la pequeña corría con infantil anhelo
deshojando unas rosas
cuyos pétalos blancos salpicaban el suelo.

La otra, la hermanita que las flores cuidaba
en la tarde opalina
canturreando una estrofa silenciosa sembraba,
y al sembrar, le hizo sangre una espina.

Fué un ala hecha de seda que se tiñó en la pulpa
de las rosas sutiles de tonos imperiales
su mano desangrada. Así libró su culpa,
la culpa de ser buena con todos los rosales.

Sucedió aquella tarde que a la hermana pequeña
no quedó sino el tallo de las rosas ya muertas
y volvía muy triste la que antes risueña
por las eras corría con las rosas abiertas.

Se acercaba a la hermana, compungida y llorosa
a decirle la pena de su loca alegría,
que su más linda rosa
se quedó en el camino mientras ella corría.

Pero al verle las manos salpicadas de rojo
se olvidó de su pena por la rosa, y sencilla,
con mohín de chiquilla,
mordió sus labios tiernos en un gesto de enojo.

Y a la rubia pequeña que deshojó las rosas
le dijo: «Ten un poco de amor para las cosas»...

Tú rompiste las rosas, pues has roto un encanto;
te volviste mohina
pero luego ocultaste tu llanto
al ver esa espina...

Vi tu gesto de enojo; sin embargo
no te di la más leve amargura
porque sé que en la vida lo amargo
está entre las rosas cual la espina dura.

Mientras tú como loca por las eras corrías
deshojando las rosas que cuidaban mis manos,
yo sembraba pensando en tener rosas mías,
muchas rosas, que fueran como son los hermanos.

Si esta tarde en mis dedos hubo sangre, el remedio
—a manera de sándalo que ennoblece los males—
con salpiques de rojo se abrirán en mi predio
las rosas más hermosas que hubo en mis rosales.

YANKO EL MUSICO

Era tímido como todos los hijos del campo, prontos siempre a chuparse el dedo y rascarse la cabeza cuando un extraño les dirige la palabra. Nadie se ocupaba en verlo crecer, y menos en pensar que algún día pudiera ser útil a su madre, negado como era para el trabajo.

Sin saber cómo ni por qué, sólo la música le cautivaba. La armonía le seguía a todas partes y desde muy chiquito. Mil veces, al llevar las vacas al prado, tomaba su cesta para coger yerbas, y mil veces la cesta llegaba a casa vacía.

—Madre, madre, ¡qué cosas cantaban en la selva!

El niño venía entusiasmado; pero la madre le decía:

—¡Yo te daré qué cantar, descuida!

Y le daba música con un látigo. Lloraba el chiquillo, gritaba y prometía no volverlo a hacer. Pero, a pesar de todo, a pesar de los golpes que le encendían la piel, pensaba en aquella maravillosa música de la selva. Los pinos, las hayas, los olmos, los mirlos, las oropéndolas, el bosque entero, tocaba, cantaba.

¡Y qué maravilla de música!

...¡La última mata de romero producía su canción; los gorriones que piaban en la zarza junto a la cabaña tenían una melodía especial! ¡Y, por la noche, los mil ruidos del campo, en el sueño de la tierra, componían para él un concierto misterioso!

Si lo enviaban a aventar el trigo, el viento mismo se placía en silbar o gruñir en los campos.

El guarda, que de noche recorría aquellos campos y

la aldea, contando las estrellas del cielo para no dormirse o entreteniéndose en hablar con los pájaros, había ¡cuántas veces! visto la blanca camisilla de Yanko, que se acercaba furtivamente a la posada. Pero Yanko no entraba, agazapábase junto a la ventana abierta y escuchaba a los jóvenes que bailaban cantando. De cuando en cuando dejábase oír la voz de un chiquillo, que gritaba: «¡Ou-ha!»

En tanto que las botas pateaban sordamente el suelo desigual y resonaban las voces argentinas de las muchachas, el violín, vibrando dulcemente, «Comeremos, beberemos, y estaremos alegres», decía, y el bajo, con su voz grave, resonaba también: «Comeremos, beberemos, y estaremos alegres.» Las ventanas brillaban iluminadas, las puertas temblaban, gemían, cantaban también.

Yanko escuchaba. ¡Qué no hubiera él dado por un violín que tenía una voz tan delicada y tan alegre!

Y acabó por construirse uno con ramas y crin de caballo. Pero su violín no tenía los fuertes sonos del violín del mesón, vibraba dulcemente, débil como el zumbido de moscas o moscardones. No por eso dejaba él de arañarlo todo el santo día, a costa de mil reprimendas y pescozones maternos.

Su aspecto era el de una manzana verde. Pero tal era su naturaleza; cada vez más flaco, su vientre se abultaba más y más, la pelambre siempre revuelta, indisciplinada, sus ojos siempre grandes llenos de lágrimas, las mejillas, hundidas que daba pena verlas.

¡Pobre Yanko! Su deseo de tener un violín, su honrado deseo, ¡qué caro llegó a salirle!

El lacayo del propietario, antiguo señor de la comarca, poseía un violín que tocaba algunas tardes en el patio para divertir a las señoras criadas. Yanko se deslizaba entre las matas hasta colocarse bajo las ventanas abiertas de la cocina, desde donde podía contemplar a gusto el famoso violín colgado en la pared enfrente de la puerta. Toda el alma del rapazuelo se le iba por los ojos: tocar no hubiera osado nunca, porque para él aquello era una reliquia tan santa como las de las iglesias, algo inaccesible. Y, sin embargo, lo codiciaba; hubiera querido tenerlo un instante en sus manos, mirarlo

de cerca. El corazoncillo del niño saltaba al solo pensamiento de tal dicha.

Una noche de luna clarísima no había nadie en la cocina. Mucho tiempo hacía viajaban los amos por el extranjero; la casa estaba desierta y el lacayo se entretenía conversando con la señora camarera en la parte opuesta del edificio.

Yanko, oculto entre las ramas, contemplaba por la puerta, abierta de par en par, el objeto de sus mayores ansias.

Sí, una clara y serena noche. En el jardín, cerca del estanque, el ruiseñor multiplicaba sus trinos, y ya lánguido, ya persuasivo, le repetía: «Anda, anda, ve.» Una honrada calandria revoloteaba en torno al niño, como para decirle: «No, Yanko, no vayas», y prevenirle contra la seducción. Pero la calandria se fué volando y el ruiseñor repetía con mayor tono de seguridad: «No hay nadie; ve, Yanko».

Y el violín brillaba de nuevo resplandeciente.

Levantóse el niño y se adelantó con precaución, mientras el ruiseñor insistía en sus dos notas claras, sonoras: «Ve, Yanko, ve».

La camisucha se acercó más a la puerta. Ya no la tapaban los negros ramajes. El pecho del niño se dilataba en el umbral, su respiración era fatigosa, precipitada. Un momento más y la camisucha blanca va a desaparecer toda en la cocina; ya no queda en el umbral iluminado sino una piernecilla desnuda, temblorosa... la camisa ha desaparecido. En vano revoloteas aún, calandria, y repites: «No, no». Yanko no está en la cocina.

Un ligero sonido vibra quejumbroso y dulce en la obscuridad, como si alguien hubiera rozado las cuerdas del violín, y de pronto...

Una voz dura, soñolienta, sale del rincón de la cocina y grita encolerizada:

—¿Quién anda ahí?

Yanko retiene el aliento; pero la voz repite con insistencia:

—¿Quién anda ahí?

Un fósforo rasca la pared. La habitación se ilumina toda luego. ¡Dios mío! Se oyen juramentos, golpes,

sollozos de un niño, un grito: «¡Ay, Dios mío!» Los perros ladran, las luces corren atolondradas por toda la casa; ¡qué revolución!

Al otro día, Yanko se encuentra en pie frente al juez y al alcalde, que habían de juzgar al infantil malhechor; ambos miraban al chicuelo que, todo asustado, el sucio dedo en la boca, no sabía lo que podían quererle ni por qué lo habían llevado ante aquellos señores... ¿Cómo juzgar a semejante mocoso que no alcanza diez años y apenas puede tenerse en pie? ¿Mandarlo a la cárcel...? ¡Vaya! Preciso es un poco de compasión para los niños. ¡Que lo coja el guarda y le aplique el látigo para que no se le ocurra ir de nuevo a robar, y se acabó!

¡Se acabó!

Llamaron a Stacha, el guarda rural.

—Llévatelo y dale para que se acuerde.

Stacha meneó su cabeza estúpida y salvaje, cogió a Yanko bajo el brazo y se lo llevó a la granja.

El niño no comprendió lo que era aquello, o tal vez se llenó de espanto. El caso es que no dijo una palabra; miró no más a Stacha como una tórtola herida ¿Sabía lo que le iban a hacer? Cuando el guarda lo hubo tendido en tierra, quitándole la camisilla y restallándole el látigo en sus oídos, fué cuando Yanko gritó: «¡Mamá, mamá!»

Y cada vez que el palo del despiadado guarda caía sobre su pobre cuerpecillo, gritaba: «¡Mamá!» Pero ya más dulce, más débilmente; tanto, que yo no sé a cuál de los golpes el niño se calló y no volvió a llamar a su madre.

¡Pobre violín roto!

¡Bárbaro, infame Stacha, que así pega a los niños!

¡Y éste, que era tan débil, tan chiquito! Apenas le quedaba vida.

Llegó la madre, recogió al pequeño y tuvo que llevárselo a casa. Al otro día Yanko no se levantó. Al tercero agonizaba tranquilamente sobre un jergón.

Venía la noche; las muchachas venían del campo con sus haces de heno y cantaban, cantaban la canción de los campos: «Ay, sobre el verde trigo.»

Sones de flauta partían de la orilla del arroyo. El rústico violín de Yanko yacía a los pies de la cama.

La cara del niño se iluminó súbitamente y sus labios blancos murmuraron:

—¡Madrecita!

—¿Qué, hijo mío?—preguntó la buena mujer sofocada por el llanto.

—¿Verdad, madre, que Dios me dará un violín en el cielo?

—¡Sí, hijo mío, sí!

Paz a Yanko.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

CANCION ESTIVAL

Así cantan las espigas:—Fuimos verdes,
con verdores transparentes de esmeralda;
la esmeralda se ha trocado en áureo tinte;
somos rubias cual las trenzas de las hadas,
de las hadas de ojos verdes
que en la fuente rumorosa
noche y día sollozando tristes cantan.

Así cantan los labriegos:—Los trigales
sazonados y maduros nos aguardan;
brille el sol en nuestras hoces,
que refulgen cual relámpagos de plata;
rompa el trillo las espigas,
ruede el grano por las eras
como perlas desprendidas de una sarta.

Así canta el molinero:—Venga el grano;
ya la piedra, estremecida por las aguas,
hacer quiere con el oro de los trigos
níveos copos de blancura immaculada;
níveos copos que, amasados,
han de ser el pan sabroso
que pedimos murmurando una plegaria.

Así gimen las espigas:—Fuimos verdes;
los verdores se trocaron pronto en gualda;
hoy el gualda va a trocarse en copo níveo;
así el ébano más puro
en la frente de los hombres
se convierte en limpia plata.

Así canta el regio sol:—Como un guerrero
me levanto triunfador; beso es mi llama,
y a mi beso fecundante
las espigas sazonadas
serán pronto blancas hostias que en el templo
alce a Dios el sacerdote,
ante el pueblo prosternado junto al ara.
No gimáis los que en el borde de la tumba
os ceñís con la diadema de las canas,
que la frente—cual la espiga de los campos—
vale más si es cual la nieve,
cual la nieve que coronan las montañas.

.....
Así dijo el regio sol, y desde entonces
las espigas nunca lloran, ¡siempre cantan!

M. R. BLANCO BELMOTE

LAS HOJAS CAIDAS

Anita está subida en la rama de un árbol del jardín. Está muy afanosa y llorando a lágrima viva. En el delantal tiene un montoncito de hojas secas, que se han caído del árbol al caer el otoño. En la mano derecha tiene una aguja enhebrada.

—¿Qué haces, Anita? ¡Mira que te vas a caer!—le dice el jardinero, y luego añade:—¿Por qué lloras?— Anita contesta:—Lloro porque esta mañana vino el médico y le dijo a papá que mamá está muy mala. Se lo dijo muy bajito pero yo lo oí y después aseguró que mamá se pondría mucho peor y que Dios sabe lo que sucederá al caerse las últimas hojas y por eso, para que no se caigan, las estoy cosiendo a la rama.

LA ESCUELA DE LAS FLORES

Cuando caen los aguaceros de junio y los negros nubarrones braman por el cielo y el viento mojado del Este viene por el yermo a tocar la flauta en los bambúes, las flores surgen, sin que nadie sepa de dónde, en súbito tropel, y se ponen a bailar sobre la yerba, locas de alegría.

—Madre, ¿las flores van a una escuela que hay debajo de la tierra, no? Allí cerrada la puerta estudiarán sus lecciones; y si quieren salir a jugar antes de la hora, la maestra las pondrá de rodillas en un rincón. Pero cuando llueve, ¡qué día de fiesta para ellas!

Las ramas se golpean ruidosamente en la arboleda; suspiran las hojas en el loco viento; las nubes de tormenta palmotean con sus manos gigantes... Y las flores-niñas salen corriendo, vestidas de rosa, de amarillo, de blanco...

—Madre, oye; las flores tienen su casa en el cielo, entre las estrellas, ¿sabes? ¡Mira tú, si no, como quieren subir! ¿A qué no sabes tú por qué corren tanto? ¡Yo sí lo sé? Y sé a quién tienden sus brazos. Las flores tienen una madre como yo te tengo a ti, madre mía.

RABINDRANATH TAGORE

UN CUENTO DE ELEFANTES

Partidas enteras de gente europea recorren Africa cazando elefantes; y ahora cuentan los libros de una gran cacería, donde eran muchos los cazadores. Cuentan que iban sentados a la mujeriega en sus sillas de montar, hablando de la guerra que hacen en el bosque las serpientes al león, y de una mosca venenosa que les chupa la piel a los bueyes hasta que se la seca y los mata, y de lo lejos que saben tirar la azagaya y la flecha los cazadores africanos; y en esto estaban, y en calcular cuándo llegarían a las tierras de Tippu Tib, que siempre tiene muchos colmillos que vender, cuando salieron de pronto a un claro de esos que hay en Africa en medio

de los bosques, y vieron una manada de elefantes allá al fondo del claro, unos durmiendo de pie contra el tronco de los árboles, otros paseando juntos y meciendo el cuerpo de un lado a otro, otros echados sobre la yerba, con las patas de atrás estiradas. Les cayeron encima todas las balas de los cazadores. Los echados se levantaron de un impulso. Se juntaron las parejas. Los dormidos vinieron trotando donde estaban los demás. Al pasar junto a la poza se llenaron de un sorbo la trompa. Gruñían y tanteaban el aire con la trompa. Todos se pusieron alrededor de su jefe. Y la caza fué larga: los negros les tiraban lanzas y azagayas y flechas; los europeos, escondidos en los yerbales, les disparaban de cerca los fusiles; las hembras huían, despedazando los cañaverales como si fueran yerbas de hilo; los elefantes huían de espaldas, defendiéndose con los colmillos cuando les venía encima un cazador. El más bravo le vino a un cazador encima, a un cazador que era casi un niño, y estaba solo atrás, porque cada uno había ido siguiendo a su elefante. Muy colmilludo era el bravo y venía feroz. El cazador se subió a un árbol, sin que lo viese el elefante; pero él lo olió enseguida y vino mugiendo; alzó la trompa como para sacar de la rama al hombre; con la trompa rodeó el tronco y lo sacudió como si fuera un rosal; no lo pudo arrancar y se echó de ancas junto al tronco. El cazador, que ya estaba al caerse, disparó su fusil, y lo hirió en la raíz de la trompa. Temblaba el aire, dicen, de los mugidos terribles, y deshacía el elefante el cañaveral con las pisadas, y sacudía los árboles jóvenes, hasta que de un impulso vino contra el del cazador y lo echó abajo, ¡abajo el cazador, sin tronco a qué sujetarse! Cayó sobre las patas de atrás del elefante, y se agarró en el miedo de la muerte de una pata de atrás. Sacudírselo no podía el animal rabioso, porque la rodilla la tiene el elefante tan cerca del pie que apenas se sirve para doblarla. ¿Y cómo se salva de allí el cazador? Corre, bramando, el elefante. Se sacude la pata contra el tronco más fuerte, sin que el cazador se le ruede, porque se le corre adentro y no hace más que magullarle las manos. Pero se caerá por fin, y de una colmillada va a morir el cazador. Saca su cuchillo y se

lo clava en la pata. La sangre corre a chorros, y el animal, enfurecido, aplastando el matorral, va al río, al río de agua que cura. Y se llena la trompa muchas veces y la vacía sobre la herida, hecha con fuerza que le aturde, sobre el cazador. El cazador le dispara las cinco balas de su revólver en el vientre, y corre, por si se puede salvar, a un árbol cercano, mientras el elefante, con la trompa colgando, sale a la orilla y se derrumba.

JOSÉ MARTÍ

EL COMEMAIZ

Este pájaro es entre los conirrostrós el que más frecuentemente se ve por todas partes en nuestra meseta central, así en las montañas como en el valle: con igual entusiasmo entona su canto en la laguna superior del volcán Poás que sobre el tejado de nuestras habitaciones. De noche, cuando todo parece dormir un sueño tranquilo, el comemaiz rompe el silencio con sus notas agradables. Por las mañanas, en los jardines y calles de las poblaciones se le puede observar caminando por el suelo a saltitos, picoteando a veces, a veces escarbando con marcado interés, en busca de larvas y semillas diminutas; cuando presume algún peligro salta con rapidez, ayudándose ligeramente con las alas, que entreabre de manera casi imperceptible.

Tiene la cabeza rayada a lo largo de gris y negro; la garganta y el abdomen son de color blanco que se torna en castaño hacia los costados y parte superior; tiene un collar color de herrumbre y negro y se mezclan en rayas longitudinales en las plumas del dorso y de las alas. Su tamaño es de catorce centímetros desde la punta del pico al final de la cola.

Se parece mucho al gorrión europeo; pero vive siempre en parejas y no acepta los cajoncitos que se le ofrecen para anidar.

Cuando uno asciende por la falda de las montañas que rodean al valle central, encuentra el comemaiz en todos los potreros y desmontes nuevos: a la presencia

del viajero abandona por un instante su tenaz investigación en busca de alimentos, se posa sobre un tronco seco, levanta el copetito y da al viento su canto placentero. Durante los meses comprendidos entre abril y agosto, estos pájaros se muestran más comunicativos y vivaces, desplegando en esa época del cielo todo su cariño por fabricar el nido, empollar los huevos y criar sus pichones.

Anida en las ramas bajas de los árboles y en los arbustos de los solares y huertas. El nido lo fabrica con ramitas secas, paja y otras materias semejantes; la cavidad mide cinco centímetros de diámetro, por cuatro de profundidad o algo más. Los huevos, de tres a cinco, son de color verdoso, con manchitas de color salmón, esparcidas por toda la superficie.

A este pájaro se le da el nombre de comemaíz por encontrársele con frecuencia en los maizales y atribuirle nuestros agricultores el perjuicio de tronchar los tallos tiernos de esta planta; pero el tamaño de su pico no le permite comer maíz y es muy posible que el daño de larvas subterráneas se le atribuya a estas aves, con marcada injusticia, pues hemos observado al comemaíz buscar con diligencia orugas que mata golpeándolas contra el suelo, para alimentar a sus pichones.

Desde el punto de vista económico, estos pajaritos recogen gran cantidad de semillas perjudiciales a los campos de cultivo y en los jardines nos prestan un servicio inapreciable.

LA ABEJA

¡Qué aspecto tan interesante y agradable, cuando las abejas están visitando las flores variadas para sacar de ellas la miel! La chupan por medio de su lengua prolongada. Recogen también el polen de los estambres, pegándolo en sus patas traseras para llevarlo cómodamente a la colmena. Aquellas abejas que recogen polen y miel, se llaman obreras. Fuera de éstas hay aún muchos, a los que se da el nombre de zánganos, y una sola hembra llamada reina. Las obreras están provistas de

aguijón en la parte extrema del abdomen. Cuando pican, este aguijón derrama un jugo venenoso en la herida y queda fijo en la piel a causa de sus ganchitos laterales. Las obreras construyen también los panales. Los hacen de cera, la que engendran en su cuerpo y segregan por entre los anillos del vientre, en forma de pequeñas planchitas. Cada panal contiene en ambos lados celdas exágonas que se tocan por su fondo. Hay celdas de tres formas diferentes: muchas pequeñas para las obreras; más anchas y altas para los zánganos; y, en fin, unas pocas grandes, abultadas, verticales, para las reinas. En toda la colmena no hay más que una reina. Ella sola pone los huevos. Si pone un huevo en una celda de obrera, entonces sale de tal huevo una obrera; puesta en una celda de zángano, el huevo se desarrolla en zángano; los huevos puestos en celda de reina, producen nuevas reinas. Por lo pronto, de los huevos salen gusanos blancos llamados larvas. Estas larvas son alimentadas algún tiempo por las obreras. Cuando han crecido bastante se convierten en ninfas, y de las ninfas salen las abejas perfectas. Luego que la población de una colmena aumenta demasiado y que una reina joven está a punto de salir de su celda, la reina vieja, acompañada de una gran parte del pueblo, abandona la colmena. Salen volando para buscar en otra parte la habitación adecuada. De ordinario las abejas que enjambran, se aglomeran formando un montón y entonces es fácil pasar todo el enjambre a una colmena vacía. Luego las abejas vuelven a trabajar, y muy pronto la colmena nueva se llena de panales, en los que se va a guardar la miel.

EL RETORNO DE UNA GARZA

En el fondo del bosque se levanta la casita del estanciero Crisóstomo. Allí cerca corren las aguas tranquilas de la Quebrada Grande formando un poético remanso bajo la frescura de sombríos nísperos, ispabeles y quita-calzones. Al otro lado se extiende la llanura y desde la casita se ven verdear los potreros de pará, guinea y jaragua. En uno de éstos se extiende la Laguna

a donde acuden diariamente millares de seres volátiles que se mueven constantemente de una ribera a otra. Garzas morenas, garzas blancas, nítidas, como la nieve, garzas rosadas de un matiz encantador que simboliza las ilusiones. Allí los piches tornasoles en bandadas vuelan sobre la llanura o acuatzizan y nadan elegantemente, ligeros, rápidos como los hidroaviones de la flotilla yanqui sobre las mansas aguas de la Bahía de Culebra.

Entre los zarzales que rodean la laguna hacen sus nidos las garzas. Un día Crisantino, el hijo de don Crisóstomo, aprisionó entre sus manos un pichón de garza, blanco como el armiño, que lanzaba al espacio lastimeros quejidos con su «cué, cué, cué», como implorando el auxilio de la madre. Fué un lindo regalo para Celia y Julietilla la hija menor de la estancia que se complacían en traer de la quebrada, sardinitas para vigorizar el endeble cuerpecito de la mimada garza que atendía admirablemente al llamado de «Blanca... Blanca... Blanca...» y que corría jugueteando entre las gallinas, los carracos y los patos, a los cuales contemplaba largos ratos nadando en la poza de la cercana quebrada. Muchas veces se le veía pasar largas horas sobre las piedras, sobre los troncos, sobre las ramas. Algunas veces entraba en el jardín donde parecía flor de nieve. Su blancura no era menos que la de las camelias, que la de los jazmines, las azucenas y los heliotropos.

Muy cerca, junto a los corrales estaba el zaguán de los peones. Era el tiempo de la quesera; sesenta vacas balaban desde los corrales y sesenta voces respondían de dentro del chiquero, donde los terneros se desgañaban ansiosos de coger entre sus rosadillas bocas la jugosa ubre de la madre zalamera y deseosa de brindar la blanca sangre que le da vida a la futura vaca y al formidable toro del mañana. Cada día el vaquero vacía los baldes de leche en la canoa, la cuaja luego para sacar el queso; pero antes de sacar la cuajada, el vaquero grita: «Blanca... Blanca... Blanca...» y la garza de un vuelo aterrizaba junto al chiquero y con avidez tragaba y tragaba pedazos de cuajada simple porque aborrecía la sal. Pronto la garza se acostumbró a buscar este ali-

mento. Mas un día vió cruzar por el espacio azul otras garzas que talvez volaban hacia las riberas del Tempisque, sintió sin duda las ansias de volar más lejos y ensayó a volar. Las alas que le habían sido recortadas cuidadosamente por Celia le habían crecido lo bastante para resistir el largo vuelo, y se fué... En la casa hubo tristeza y se reprochaban el descuido de no haber recortado nuevamente, oportunamente, las alas de la ingrata «Blanca» que dejó el patio de la casa donde los otros animales también parecían tristes y que dejó el jardín, con pena de los jazmines, de las camelias, de las azucenas y los heliotropos y abandonó el remanso donde los helechos y las flores silvestres echaban de menos la flor de nieve que adornaba aquellos parajes.

Y pasó el tiempo y la garza no volvía y la gente de la casa inquería por todas partes su paradero. ¿No han visto una garza doméstica, blanca como la espuma de la leche, con una cinta celeste alrededor de su níveo cuello?... Y esa frase se repetía muchas veces y se enviaban correos a las vecinas fincas y a los vecinos barrios. Pasaron seis meses y ninguna noticia del paradero de «Blanca»; un día se dijo que un cazador le había disparado un tiro a una garza que se había quedado sobre la copa de un viejo roble, mientras las otras garzas levantaron el vuelo despavoridas al ver un ser humano que se les acercaba. Celia y Julieta lloraron la muerte de su garza y en su dolor la imaginaban, blanca, como era, teñida en roja sangre... ¡Castigo cruel a su ingrato abandono a quienes la cuidaban, la nutrían, la acariciaban sin cesar! En vano indagaban si la muerta garza llevaba como collar la celeste cinta... siempre quedó la duda.

Iba a cumplirse ya un año de aquel viaje sin retorno; se había perdido toda esperanza; era demasiado tiempo para que aquella pequeña cabeza pudiera recordar la estancia «San Antonio»; o era muerta la garcita blanca o se había vuelto a su estado primitivo; ya no era sin duda la garza doméstica, era quizá la garza silvestre de nuestras lagunas, de

nuestros esteros o de las riberas de nuestros ríos. ¡Oh, los playones del Tempisque! ¡Oh, las verdes bajuras del Viejo, del Pelón, Catalina y Palo Verde! ¡Oh, las aguas tranquilas de la laguna del Palenque...! Playones cuajados de garzas blancas, morenas o rosadas...

Justamente habían transcurrido un año y cinco días, Antonio, el niño menor de la finca corría alborozado de la quebrada a la casa. La emoción lo dominaba; parecía que iba a caer muerto como el espartano de la carrera de Maratón; apenas podía decir: "Mamá, la garza". Todos quisieron correr hacia allá; empero Crisóstomo les gritó: "Ninguno se acerque a verla porque después de tanto tiempo la garza levantará el vuelo y se irá como la otra vez: esperen un momento", y corrió hacia el chiquero donde sacaban el queso y la cuajada simple que el vaquero daba a la garcita y fuertemente comenzó a llamar: «Blanca... Blanca... Blanca...» No se hizo llamar mucho la extraviada garza; de un vuelo aterrizó junto a la canoa. Apenas había tragado algunos pedazos de cuajada cuando en la pata apretó el lazo tendido hábilmente para cogerla. A sus gritos llegaron los de la casa jubilosos de ver de nuevo a la querida «Blanca», a la que Celia con sus filosas tijeras cortó las alas para que ya nunca más levantara el vuelo y cruzara el espacio azul de nuestro bello cielo guanacasteco y aquel día hubo inusitada alegría en la casita del estanciero Crisóstomo por el retorno de la amada garza. Fué un día de fiesta... Las azucenas, los heliotropos y las resedas parecieron más perfumadas que nunca; y las gallinas, los carracos y los patitos más bulliciosos que antes lo habían estado y las vacas y los terneros balaban con mayor fuerza que anteriormente y el viento musicalizaba en la copa de los ispaheles y los quitacalzones. ¡Hosanna!

LA PRUDENCIA DEL ELEFANTE

Los elefantes salvajes viven en rebaños, cuyo número de individuos varía de diez a ciento. Tanto los grandes como los pequeños rebaños, forman una comunidad en la cual no es admitido ningún miembro extraño a ella, y cada rebaño está sometido a la dirección del animal más inteligente. El siguiente relato da idea de la energía y de la atención que el elefante elegido presta al cumplimiento de su alto cargo.

En la época de la sequía, cuenta Skinner, quedan sin agua los ríos, los arroyos y las lagunas. Los animales sufren entonces los horrores de la sed y se juntan en grandes masas en los alrededores de los lugares encharcados que conservan agua durante más tiempo. En la proximidad de uno de esos charcos tuve una vez ocasión de observar el extraordinario espíritu de previsión de esos animales.

A un lado de la laguna y en su misma orilla crecía un bosque virgen; en la orilla opuesta se extendía un campo abierto. Tenía lugar lo que voy a referir, en una clara noche de luna, en la que todo aparecía casi tan iluminado como durante el día y decidí aprovecharla para observar a los elefantes. El lugar que había elegido se prestaba admirablemente a mi objeto; tenía además a mi disposición un árbol corpulento, una de cuyas ramas avanzaba sobre el agua, ofreciéndome un lugar de observación cómodo y seguro. Me instalé pues en él, lo mejor que pude y me dispuse a atender ávidamente a lo que sucedía.

Los elefantes estaban a menos de quinientos pasos de allí; pero tuve que esperar dos horas antes de lograr ver uno de ellos. Por fin, a unos trescientos metros de la laguna, salió un gran elefante de la selva, anduvo unos doscientos pasos y se detuvo luego a escuchar. El animal se había movido con tanta suavidad que no produjo el menor ruido y permaneció quieto, inmóvil, como una enorme roca de granito. Después de un rato dió tres pasos más hacia adelante, así siguió adelantando des-

pacio y parándose con frecuencia, con las grandes orejas abiertas con objeto de recoger los más leves rumores. De este modo llegó hasta la orilla del agua.

El prudente animal no pensó en beber enseguida, apresurándose a apagar su sed, a pesar de hallarse tan cerca del agua que su enorme masa se reflejaba en ella. Muchos minutos transcurrieron sin que moviera ni un solo miembro de su cuerpo, atento como siempre a escuchar los rumores que hasta él llegaban. Después dió una vuelta sobre sí mismo, con el mismo cuidado de siempre y se dirigió de nuevo al lugar de donde había salido.

Al cabo de un rato volvió a aparecer acompañado de cinco otros elefantes, con los cuales se dirigió hacia el agua, procurando hacer el menor ruido posible. Una vez llegados a la orilla, los cinco permanecieron allí en actitud vigilante y él regresó a la selva de donde volvió a salir, acompañado esta vez de todo el rebaño, que se componía de unos ochenta a cien elefantes, a los cuales acompañó hasta el campo raso con tanta precaución, que yo los veía moverse pero no percibía el menor ruido. Una vez allí, el rebaño se detuvo. El elefante que hacía de jefe se dirigió a los cinco que habían quedado vigilando y después de acercarse a ellos y de observar atentamente los alrededores, se convenció de que no había peligro, volviendo hacia el rebaño dió la orden de avanzar. En el mismo instante se lanzó toda aquella masa de elefantes al agua, sin temor y sin pensar en peligro alguno. Ya no daban señales de prudencia ni de cuidado, pues todos habían depositado su confianza en su director y les parecía que no debían preocuparse de nada. Después de que los cansados elefantes hubieron entrado en el agua, el conductor el último, se dispusieron con alborozo a apagar su sed y se entregaron a las delicias del baño.

Nunca había visto yo un número tan crecido de animales en un espacio tan reducido. Me parecía que los elefantes se iban a beber toda la laguna. Los estuve observando con gran interés hasta

que acabaron de deber y de bañarse. Entonces quise experimentar qué efecto les haría un pequeño ruido y rompí una ramita del árbol. En el mismo instante la masa de elefantes lo percibió y echó a correr con la velocidad de un rebaño de ciervos alocados.

EL BIEN QUE HACEN LOS PAJAROS

¿Has pensado en lo que sería el mundo si en él no hubiera pájaros? Un sabio francés ha dicho que si no fuera por los pájaros, no vivirían las plantas, ni vivirían los animales; nada tendría vida en la superficie de la tierra. Millares de insectos destruirían las plantas, y sin plantas no es posible que vivan los animales.

Hace unos cincuenta años una plaga de orugas estaba destruyendo un inmenso bosque, cuando de pronto apareció allí una enorme bandada de cuculillos o cucos, que salvó el arbolado.

Durante la invasión de la langosta que hubo en el Oeste de los Estados Unidos, hace algún tiempo, cuando los campesinos desesperaban de poder exterminarlas y se disponían a abandonar la batalla, se presentó en los campos un ejército de pájaros, que salvó las cosechas, y gracias a la constante ayuda de estos seres alados se pudo acabar con la terrible plaga. Hay muchos pájaros que sólo se alimentan con insectos, y éstos constituyen en gran parte el sustento de todos los pájaros. La gaviota es una de las aves que mayores servicios prestan. Es el mejor inspector sanitario que hay en las costas, pues no solamente ve lo que debe hacerse en bien de la salud pública, sino que lo hace ella misma, pronto y bien.

No sólo el agricultor sabe lo útiles que nos son los pájaros, sino también el niño puede decir lo mucho que le divierten. No es necesario ser poeta para apreciar la hermosura de los pájaros.

¿Qué sería el mundo sin sus cánticos? Ellos son un recreo, tanto para la vista como para el oído.

Desde el punto de vista de la conveniencia, si se quiere, del egoísmo bien entendido, es tonto permitir

que continúe la destrucción en gran escala que de los pájaros se hace.

Nos perjudicamos más de lo que al parecer somos capaces de apreciar.

LA FLOR

Pensamiento de la rama
que se teje en oro y seda
es la flor, donde se enreda
tímida la blonda llama.

Su color es una gama
de matices, donde queda
un destello de arboleda
que al mirar el sol se inflama.

Con los ojos hacia arriba
en la luz sus jugos liba
para el hada de su gruta.

Y admirada o escondida,
el esfuerzó de su vida
es para cambiarse en fruta.

ROBERTO BRENES MESÉN

EL CARACOL

El caracol es un animal de cuerpo blando, es, pues, un molusco.

El cuerpo del caracol está recubierto con una piel tan gruesa que se llama manto. La superficie inferior de éste es más gruesa todavía, la llamamos pie, porque el caracol anda sobre ella, pero no es en realidad un pie, sino la parte inferior de su cuerpo. Cuando el caracol anda, la piel del pie se arruga formando ondulaciones que semejan el vaivén de las olas del mar.

Lo que llamamos cuernos del caracol, son dos pares

de tubitos, el superior es más largo que el inferior, ambos pueden ser encogidos y estirados a voluntad.

Los ojos del caracol se hallan situados en el extremo de sus largos tentáculos. No están siempre fijos en los extremos, como puede comprobarse observando cómo pasan de arriba abajo dentro de los tentáculos, al encogerlos o estirarlos.

La maxila superior del caracol tiene forma de media luna con gran número de dientes que forman una sola pieza. Esta maxila el caracol la usa para morder, y su huella puede observarse en las hojas de las plantas.

La concha del caracol es su casa, pero es también parte de su cuerpo.

El caracol no puede abandonar su casa; si le arrancan su concha, se moriría. Está compuesta de una substancia calcárea segregada por la superficie del manto.

El caracol se alimenta de vegetales, a veces se convierte en carnívoro, y se le ha visto comer los cadáveres de sus semejantes. En los jardines causa grandes perjuicios, destrozando las hojas tiernas de las plantas.

LA GALLINA

Con las patas juntas, salta del gallinero, apenas se le abre la puerta.

Es una gallina común, modestamente adornada y que nunca pone huevos de oro.

Deslumbrada por el sol, da algunos pasos, indecisa, en el patio.

Ve primero el montón de cenizas en donde todas las mañanas tiene la costumbre de holgarse.

Allí se revuelca, se hunde, y, con una viva agitación de alas, las plumas hinchadas, sacude sus pulgas de la noche.

Luego va a beber en un plato hondo, colmado con el último aguacero.

No bebe sino agua.

Bebe a traguitos, y levanta el cuello, en equilibrio sobre el borde del plato.

Luego busca su alimento aquí y allá.

Las hierbas finas son para ella, y los insectos y los granitos perdidos.

Pica, pica, infatigable.

De tiempo en tiempo se detiene.

Derecha, bajo su gorro frigio, el ojo vivo, el buche presuntuoso escucha con uno u otro oído.

Y segura de que no hay nada nuevo, se pone otra vez a buscar.

Levanta alto sus patas rígidas como las de los gotosos. Separa los dedos y los posa con precaución sin miedo.

Se diría que va descalza.

JULES RENARD

LO MEJOR

—Buenos días, arañita.
¡Quién pudiera fabricar
como tú, brillante hamaca
con hilillos de cristal!

—Bello niño, tú fabricas
blanda hamaca de cristal
con tus sueños y esperanzas...
¡Y eso vale mucho más!

—Abejita zumbadora
si pudiera yo volar,
¡Cuánta miel recogería
para hacer rico panal!
—Bello niño, tú recoges
dulce miel al estudiar
de virtudes y de ciencia...
¡Y eso vale mucho más!

—¡Cómo envidio tu hermosura
y tu aroma, buen rosall!
—No me envidies, bello niño,
flor y gala de tu hogar;
tu salud es un tesoro

de riqueza sin igual,
tu inocencia es un perfume...
¡Y eso vale mucho más!

—Pajarito vocinglero
que alegrando el bosque estás,
¡Quién pudiera entre las ramas
como tú, cantar, cantar!

—Niño, ríes y tu risa
es un canto de cristal;
no me envidies, no me envidies,
¡Eso vale mucho más!

ERNESTO ALCONEDO

LOS ZANCUDOS

Los zancudos ponen sus huevos en la superficie de las aguas estancadas. Al cabo de algunos días salen de estos huevos larvas pequeñas, que tienen en la cabeza dos ganchos para coger animalitos acuáticos, y en la cola un tubo, por medio del cual respiran el aire. Se mueven en el agua arqueando y extendiendo alternativamente su cuerpo. Después de haber mudado su piel varias veces, se transforman en ninfa. La ninfa ya no toma alimento, pero nada por medio de los movimientos de su cola. Lleva en la cabeza dos cuernitos, por los cuales toma alimento, subiendo de vez en cuando al aire. En fin, la ninfa se pasea en la superficie, su piel revienta y el zancudo alado sale y se va volando. Los zancudos alados, que anuncian su presencia por un zumbido suave metálico, taladran nuestra piel con las cerdas delgadas de su trompa larga, inyectando al mismo tiempo un jugo venenoso que tiene por consecuencia comezón y tumor. En los países cálidos hay regiones donde los zancudos abundan de un modo extraordinario y donde, en unión con otras clases de mosquitos, atormentan demasiado a hombres y animales. Para viajar, por ejemplo, en el Alto Amazonas y sus tributarios, es de absoluta necesidad

llevar consigo un toldo o mosquitero debajo del cual se pasa la noche.

Sin tal precaución no sería posible al viajero cerrar los ojos durante las noches a causa de la increíble multitud de zancudos; y hasta los indígenas, bastante acostumbrados a esa molestia, suelen tomar aquella providencia.

LA ZORRA Y EL LEÑADOR

Ciertos cazadores perseguían a una zorra, la cual, acosada, corrió largo trecho por despoblado, hasta que vió a un leñador amigo, a quien suplicó le ocultase en su choza. Accedió el leñador, mas cuando los cazadores vinieron a preguntarle por la zorra, él les decía con la voz: «Ignoro donde está», pero con las manos les indicaba el escondite.

Los cazadores no lo entendieron y continuaron su camino. Entonces la zorra salió de su guarida y se alejó del leñador sin decir una palabra.

Resentido éste, llamóla y le dijo: ¿Así me das las gracias? La zorra, mirándole con atención, le contestó: Díeratelas y muy rendidas, si al responder a mis enemigos, tus ademanes hubieran estado de acuerdo con tus palabras.

Cuando se hace un favor debe ser completo.

ESOPHO

LA MARIPOSA

Una mariposita pequeña y amarilla ha venido a revolotear en torno de la luz. ¡Qué giros locos, qué círculos precipitados y continuos!

—¿De dónde vienes, pequeñita? ¿Has estado acaso en aquel bosque rumoroso que yo recorría encantada y sin miedo cuando era niña? ¿Bebiste tal vez una minúscula gota de agua en aquella laguna toda

bordeada de juncos y de mimbres, que hay cerca del bosque de que te hablo? ¿Has dormido alguna noche en una matita de verbena? ¿Conoces muchos caminos? ¿Has visto algún trigal? ¿Has curioseado en muchos ramajes? Ese polvo amarillo que te cubre, ¿es polen de achiras, de achiras silvestres? ¡Oh, pequeñita, yo juraría que tienes olor de campo en las alas!

EL AGUA

Salta, ríe, trina, canta,
presurosa, alegre, inquieta,
y embellece tu pirueta
fugitiva
con tus himnos de poeta;
¡que suene dulce y discreta
tu tonadilla emotiva!
Agua que canta y que huye,
que fascina mientras fluye
con armónico temblor,
da con tus sonrisas vida
a la pradera escondida
de mi valle, todo en flor...
Salta, ríe, trina, canta,
que tu tonada levanta
dicha, abundancia y amor;
corre alegre, presurosa
con alas de mariposa,
con cantos de ruiseñor,
que en mi valle que adormece
tus arpegios, nunca cese
de escucharse tu laúd.
Agua de eterna inquietud,
sin remansos y sin calma,
¡quién así tuviera el alma,
transparente,
cantarina,
cristalina,
como tú!

EL AGUACERO

Hacía mucho tiempo que no llovía. Las plantas se inclinaban en sus tallos por falta de agua. Los animales sufrían sed y también hambre porque la yerba estaba seca.

Un día que una niña llamada Lulú salió a buscar agua para regar sus plantas, encontró que el arroyo estaba casi seco.

—Oh, buen arroyo, dame un poco de agua para mis plantas,—dijo la niña.

—Lo siento mucho, querida niña, no tengo agua; pero iré a pedírsela al mar—contestó el arroyo.

Volvió la niña a su casa y el arroyo corrió hacia el mar.

—Oh, mar, tú que eres tan grande, dame un poco de agua para regar las plantas de mi amiguita Lulú—, dijo el arroyo.

—Lo siento mucho,—contestó el mar,—pero no puedo dártela sin la ayuda del sol.

Entonces el tranquilo arroyo triste y suplicante se dirigió al sol.

—Oh, sol bondadoso, ayuda al mar, para que me de un poco de agua para regar las plantas de mi amiguita Lulú.

Entonces el sol brilló con más fuerza para calentar las aguas del mar. Muchas gotitas de agua, al sentir el calor del sol, empezaron a salir del mar y subieron hasta llegar al cielo. Eran tantas las gotitas de agua, que formaron nubes muy grandes y taparon al sol.

Muy enfadado el sol dijo a las nubes:

—¿Por qué me tapan de ese modo? Yo tengo que alumbrar la tierra.

—Lo sentimos mucho, pero no podemos movernos de aquí sin la ayuda del viento,—contestaron las nubes.

—Oh, viento, ayuda a las nubes para que bajen a la tierra a regar las plantas de Lulú y yo pueda brillar alegremente,—dijo el sol.

Al oír esto el viento, sopló con todas sus fuerzas y las nubes empezaron a correr de un lado para otro. De pronto, una nube chocó con otra que iba muy aprisa.

Entre las dos saltó una chispa de fuego y se oyó un trueno muy grande.

—¡Fuego! ¡Fuego!—gritaron las gotitas de agua y todas se lanzaron fuera de las nubes y cayeron en la tierra.

—¡Un aguacero!—exclamó la gente y todos corrieron a cerrar puertas y ventanas.

Lulú corrió a coger agua para sus plantas. La lluvia, mientras tanto, revivía los campos, daba de beber a los animales y el arroyo se desbordaba de alegría.

FORMA DE LA TIERRA]

Tenemos una vela encendida; coloquémosla delante de una pantalla, y entre ambos objetos pongamos un cuerpo opaco de forma irregular pendiente de un hilo.

Veremos que este cuerpo produce sobre la pantalla una sombra irregular, que tiene semejanza con la forma del cuerpo.

Demos al objeto opaco diversas posiciones y veremos que la sombra varía de forma pero se conserva irregular.

En vez del cuerpo irregular que hemos empleado, usemos uno que tenga forma de un huevo.

La sombra que proyecta sobre la pantalla guardará relación con la forma del objeto: ovalada si se coloca al través.

Pero si colocamos el huevo en la misma dirección de la luz, la sombra proyectada será completamente circular.

Tengamos presente que esta forma circular corresponde a una posición determinada del cuerpo.

Si hacemos el mismo experimento con un cilindro o cono, veremos también que en ciertas posiciones dan estos cuerpos una sombra circular.

Reemplacemos los cuerpos opacos empleados anteriormente por una esfera.

Como se verá, la sombra tiene forma circular. Cambiemos la posición de la esfera y veremos que en las di-

versas posiciones de este cuerpo su sombra se conserva circular.

En los experimentos se podrá ver: que la mayor parte de los cuerpos no pueden proyectar una sombra circular; que algunos, como un huevo, un cono, un cilindro, pueden en ciertas posiciones, producir una sombra circular y que únicamente la esfera proyecta en todas sus posiciones un sombra circular.

Hay en la esfera celeste un cuerpo sumamente luminoso y de gran tamaño; el que nos proporciona la luz y el calor durante el día. Ese cuerpo es el Sol.

Hay también en el cielo otro cuerpo que se nos presenta a veces como un disco de color blanco y que nos alumbra suavemente durante las noches. Este cuerpo es la Luna.

Nosotros habitamos otro cuerpo, la Tierra, que, como el Sol y la Luna, se encuentra suspendida en el espacio.

Estos tres cuerpos están dotados de movimientos, por los cuales ocurre varias veces en el año que la Tierra, que es un cuerpo opaco, se interpone entre el Sol, cuerpo luminoso y la Luna.

En este caso el Sol hace las veces de la vela de nuestro experimento; la Tierra, del cuerpo opaco y la Luna, de la pantalla.

Como se desprende, la Tierra al recibir la luz del Sol proyecta una sombra dentro de la cual penetra la Luna, la que, por esta razón, se oscurece. Esto es lo que se llama un eclipse de Luna.

Ahora bien, en todos los millares de eclipses observados se ha notado que la sombra de la Tierra, proyectada sobre la Luna, tiene siempre una forma circular; y como en los diferentes eclipses la Tierra ha tenido posiciones diferentes, podemos decir que la Tierra en sus diversas posiciones proyecta siempre una forma circular.

Y como únicamente la esfera proyecta siempre una forma circular, claro que la Tierra es un cuerpo esférico.

LOS VIENTOS

El viento es el aire en movimiento. Cuanto más rápido es este movimiento más fuerte es el viento. El viento no es sensible sino cuando camina cuatro o cinco kilómetros por hora como un hombre andando. El viento es fuerte cuando camina treinta y cinco kilómetros por hora; es muy fuerte cuando camina setenta; se convierte en tempestad cuando recorre cien y en huracán cuando recorre de ciento treinta a ciento ochenta.

Las principales causas del viento son, primero las diferencias de temperatura que existen entre las regiones de la tierra y que tienden a establecer corrientes regulares y después la condensación del vapor de agua de la atmósfera, que altera su equilibrio, como si se quitase una parte del aire que contiene.

En la región del Ecuador tienen los huracanes una extremada violencia, de que apenas tienen una débil idea los habitantes de los climas templados. No es raro ver en las Antillas levantar el viento enormes vigas, como si fueran pajas y lanzarlas con una fuerza increíble a más de cien metros de distancia, arrancar los cañones de sus cureñas, derribar las casas construídas a la ligera y causar espantosos desastres en las plantaciones y en los bosques.

El simún sopla del interior de Africa sobre el inmenso desierto de Sahara, colora la atmósfera de amarillo, de azul y de violeta y mueve olas de arena que lleguen hasta seis metros de altura. En Italia, donde se siente ya muy debilitado toma el nombre de siroco.

En las partes del Gran Océano, próximas al Ecuador, sopla constantemente un viento moderado, de levante a poniente, que se llama viento alisio. En los mares que bañan los países cálidos soplan los vientos seis meses en una dirección y otros seis en la contraria; estos vientos se llaman céfiros.

Finalmente, cerca de la orilla, viene el viento durante el día del mar y durante la noche de tierra: el primero se llama brisa de mar y el segundo brisa de tierra. Este doble movimiento proviene de que durante el día el aire, en contacto con la tierra, está más caliente que

el que se halla sobre el mar; entonces se eleva y es reemplazado por el aire más frío que viene del mar. Lo contrario acontece durante la noche, en que el aire del mar está más caliente que el que se encuentra sobre la tierra. A causa de este doble movimiento el aire sobre las costas, las comarcas cercanas al mar no tienen veranos tan calurosos, ni inviernos tan rigurosos como los países colocados en el interior de los continentes en la misma latitud. En los primeros la temperatura es más regular y generalmente más elevada, pero con frecuencia el clima es lluvioso y húmedo.

El viento transporta algunas veces, en medio de las capas de aire en movimiento, cuerpos sólidos, tales como cenizas volcánicas, polen de flores, principalmente de abeto, y aún huevos y gérmenes animales o vegetales. De esto provienen las pretendidas lluvias de azufre, de sangre, de ceniza, etc., que tan frecuentemente han asustado al vulgo, llenando su imaginación de supersticiosos terrores.



INDICE:

	Página
Madre.....Guillermina de Villalobos	3
Viejecitos.....Auristela de Jiménez	4
Elogio..... Carlos Luis Sáenz	5
El cartero malo.....	6
Jesús..... Víctor Hugo	6
Consejos de abuelo..... Jacques Normand	7
En el calvario.....	8
Se necesita un muchacho.....	9
La escuela..... Araceli R. de Pérez	10
El juez..... Rabindranath Tagore	10
Himno Nacional de Costa Rica..... José María Zeledón	11
La Patria..... Numa Droz	11
Alma Mater..... Luis G. Coyula	12
El valle.....	14
Curiosidades de Costa Rica..... M. Gámez Monge	17
Viaje aéreo a Méjico..... Rogelio Sotela	18
Primera guerra civil en Costa Rica..... R. Fernández Guardia	21
La leyenda del Barba..... R. Fernández Guardia	22
Inundación de Escasú..... Máximo Soto Hall	23
Tecum-Umán.....	24
Cristóbal Colón..... Abel Ayala	25
El deber ante todo.....	27
La felicidad está en nosotros..... J. Finot	28
Llévalo de amor..... Amado Nervo	29
Así fué..... Rafael Angel Troyo	29
Hallazgo..... J. W. Goethe	30
Un rasgo generoso..... E. de Amicis	30
El viajero.....	31
Barcos de papel..... Rabindranath Tagore	32
El trabajo.....	33
Nunca.....	33

Voluntad.....	Auristela de Jiménez	34
Tacto social.....	Condesa de Lys	34
No desprecies las cosas.....	Eduardo de Ory	36
Párrafos curiosos.....	H. L. Wood	36
De orden moral.....	H. J. Hutchins	37
La vida de un peón.....		38
La princesa que no se reía nunca.....		40
La palabra y la escritura.....		43
Habitaciones.....		45
Los aeroplanos.....		46
Saber beber.....	Elías Leiva	47
La tisis.....	Juan Bardina	48
El manantial.....		50
Terrible castigo de un ladronzuelo.....		50
El jarrón roto.....	Clara Diana	51
Sandino.....	Carlomagno Araya	52
La inundación de Linton.....		53
Blasón.....	Jenaro Cardona	54
Magallanes.....		55
Sembrador.....	Marcelino Canales	56
Tú eres el árbol.....	Abel Rodríguez	57
El caucho.....	Miguel A. Salvatella	57
El carpintero.....		59
Por qué crujen los muebles.....		61
Plantas que tosen.....		62
La naturaleza y sus tres reinos.....		62
Cuento infantil.....		62
Janko el músico.....	Enrique Sienkiewicz	65
Canción estival.....	M. R. Blanco Belmonte	69
Las hojas caídas.....		70
La escuela de las flores.....	Rabindranath Tagore	71
La flor.....	Roberto Brenes Mesén	82
Un cuento de elefantes.....	José Martí	71
El comemaíz.....		73
La abeja.....		74

El retorno de una garza.....	A. Alvarez Hurtado	75
La prudencia del elefante.....		79
El bien que hacen los pájaros.....		81
El caracol.....		82
La gallina.....	Julio Renard	83
Lo mejor.....	Ernesto Alconedo	84
Los zancudos.....		85
La zorra y el leñador.....	Esopo	86
La mariposa.....		86
El agua.....		87
El aguacero.....		88
Forma de la tierra.....	M. Gámez Monge	89
Los vientos.....		91





LIBRERÍA ESPAÑOLA E IMPRENTA
SOLEY & VALVERDE

LOS MEJORES ARTÍCULOS

Y LOS PRECIOS MAS BAJOS

TELÉFONO 2038 - SAN JOSÉ, C. R. - APARTADO 314